REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, DICIEMBRE 30 DE 1933 — No. 21

El Muerto de la Casa del Pavo Real

HACE algunos años, un joven recorría una calle asolada de los suburbios de Londres; un joven vestido rústicamente, la cabeza cubierta con un sombrero casi prehistórico; porque acababa de llegar a la capital desde una remota y adormecida población del Oeste. Nada había en él de particularmente notable, salvo lo que le ocurrió ese día, lo cual fué notable en todo sentido, para no decir lamentable. Vió venir hacia él a un hombre más bien anciano, sin aliento, de smoking, que lo tomó de la solapa de su raído saco y lo invitó a cenar con él. Estaríamos más cerca de la verdad diciendo que, más que un convite, fué una imploración. Como el sorprendido provinciano no le conocía, ni a nadie en los contornos, la situación le pareció harto singular; pero, suponiendo que se trataría de una costumbre de Londres, accedió al fin. Acompañado de su extraño huésped, fué a la hospitalaria mansión que se alzaba a sólo pocos pasos de allí. A partir de ese instante, nunca reapareció en el mundo de los vivos.



Ninguna de las explicaciones de estilo cuadraban con su caso. Los dos protagonistas eran totales extraños el uno para el otro. El hombre de tierra adentro no traía papeles, dinero, ni objetos dignos de mención, y tampoco parecía de naturaleza de llevarlos. Por otra parte, su huésped revelaba todos los signos de una prosperidad casi agresiva: forro de satén, un fulgor de piedras opalescentes en sus gemelos, y un cigarro que parecía perfumar toda la calle. Por lo tanto, debía descartarse el robo como móvil del crimen.

En realidad, ese móvil fué uno de los más extraños del mundo; tan extraño, que un hombre vulgar habría podido hacer cien suposiciones antes de dar con la clave.

Más aún, es dudoso que alguien hubiese dado jamás con la solución, a no ser por el ligero barniz de excentricidad que caracterizaba a otro joven, al que la casualidad puso sobre ese mismo camino una o dos horas más tarde. Pero no debe creerse que él recurriera, para dilucidar el enigma, a ninguna maña de detective, y menos, de aquellos detectives popularizados por los libros de ficción, que resuelven los más arduos dilemas con sólo concentrar su atención en las circunstancias y los objetos afines al crimen, y a quienes secunda una presencia de ánimo excepcional.

Sería más exacto decir que este hombre los resolvía, en cambio, por ausencia de ánimo. Cualquier objeto que cayera en el radio de su visión grabábase en su mente como un talismán, y él lo contemplaba hasta que empezaba a hablarle como un oráculo. En otras ocasiones una piedra, una estrella de mar o un canario habían contestado al parecer, a todas sus preguntas. En la presente circunstancia, empero, su punto de referencia fué menos trivial.

Había vagado sin rumbo por la plácida calle suburbana, siguiendo con ojos de soñador las manchas doradas de los codesos en el césped, o las blancas y rojas de los espinos. Pero se contentaba las más de las veces con los verdes semicírculos de pasto, repetidos hasta el infinito como lunas verdes; porque no era de esas personas para quienes la repetición es sinónimo de monotonía. En un momento dado, al [illegible] hacia una propiedad, tuvo [illegible] conciencia o la semiconciencia de un color nuevo en el universal verdor: un verde mucho más azul, que parecía derivar en azul eléctrico a medida que el objeto se desplazaba lentamente, revelando una pequeña cabeza sobre un cuello larguísimo; era un pavo real. Pero su mente había imaginado mil cosas antes de dar con lo obvio. El azul pronunciado del plumaje le había hecho pensar en una llama azul, y la llama en alguna demoníaca fantasía, antes de advertir que sólo se trataba de un pavo real. Y la cola, estela suntuosa de ojos, habíale hecho pensar en aquellos sombríos pero divinos monstruos del Apocalipsis, cuyos ojos se multiplicaban como sus alas, antes de reparar en que la presencia de un pavo real, aun tomado en su sentido más lato, era un espectáculo sobradamente extraño en paisaje tan común.

Porque si Gabriel Gale (así se llamaba el joven) era un poeta minore, descollaba en cambio como pintor, y, en su calidad de figura ilustre, y enamorada de las bellas perspectivas, había sido invitado más de una vez a los grandes parques de la aristocracia, donde los pavos reales forman, por así decirlo, parte integrante del paisaje. La evocación de esas propiedades trajo a su memoria el recuerdo de una de ellas, remota y solitaria, que asumiera para él la casi intolerable belleza de un paraíso perdido. Creyó ver durante un instante, en medio del césped lustroso, una figura más imponente que la de cualquiera de esas aves, y cuyo plumaje iridescente, de una vívida tristeza, hacía pensar en un diablo azul. Pero cuando los juegos de la imaginación y las añoranzas se desvanecieron, aun persistió en él la interrogante: ¿qué hacía en el jardín de esa pequeña residencia suburbana, un pavo real? Parecía demasiado grande para el lugar, como si, al desplegar su cola, fuese a derribar los árboles que hallara a su paso.

Estas reflexiones de giro ya más práctico desfilaron por su mente antes de que ésta se detuviera en la más práctica de todas: que en los últimos cinco minutos había estado apoyado en un portón ajeno, con el aire definitivo de un campesino apoyado en el cerco que circunda su propiedad. De salir alguien de la casa, habría contemplado no sin extrañeza la escena; pero nadie salió. Antes bien, alguien entró. Cuando el pavo real se encaminaba hacia la casa, el poeta abrió resueltamente el portón y halló el césped húmedo, a la zaga de aquél.

Enriquecían la soledad umbrosa de ese jardín grandes masas de flores rojas, y, en el conjunto, la casa resultaba más vulgar que el terreno donde se levantaba. Acentuaba esa impresión el hecho de hallarse aquélla en algún proceso de reparación, pues adivinábase, apoyada contra la pared, una escalera, usada según todas las apariencias por los albañiles para llegar al piso superior. Además, varias plantas de flores coloradas habían sido cortadas, apilándolas en el borde de la ventana del primer piso, y algunos pétalos, al desprenderse, se posaron en los peldaños de la escalera. La mirada de Gale abarcó gradualmente todos estos detalles, mientras una expresión de sorpresa invadía poco a poco su semblante ante el contraste que formaban la casa con la escalera, y el rico jardín con el pavo real. Era casi como si el suntuoso pájaro y las flores aristocráticas hubiesen estado allí antes de los ladrillos burgueses y el mortero.

Uno de los rasgos salientes de Gale era su ingenuidad, que a menudo podía tomarse por impudencia. Como muchos seres humanos, era capaz de cometer malas acciones a sabiendas, y avergonzarse después por ello. Pero mientras sus intenciones no fueran malas, nunca se le habría ocurrido sentir vergüenza de un acto. La invitación de la escalera y la ventana abierta era demasiado obvia para tacharla de aventura. Comenzó a subir como si se tratase de la escalinata de un hotel. Pero al llegar a los últimos peldaños se detuvo un instante, torció el gesto, y, acelerando su ascensión, traspuso el borde y se deslizó al interior de la estancia.

La penumbra que allí reinaba parecía oscuridad después del esplendor del atardecer, y transcurrieron uno o dos segundos antes de que el tenue resplandor reflejado por un espejo, puesto ante él, le permitiese apreciar las características de la habitación. Parecía polvorienta y de aspecto más bien precario; los cortinados, de un azul verdoso pronunciado formaban, con todo, un fondo de colores mortecinos.

Al observar más atentamente el espejo, Gale notó que estaba roto. Sin embargo, era evidente que el cuarto había sido redecorado en parte para alguna fiesta, como lo hacía suponer una larga mesa, prolijamente tendida para una cena. Frente a cada plato se alineaban una serie de vasos de distinto tamaño para los vinos de cada servicio.

Por algunos detalles, Gale concluyó que la estancia había sido teatro de una lucha, durante la cual alguien había volcado el salero derramado su contenido sobre el mantel y roto el espejo. Luego miró los cuchillos puestos sobre la mesa, y una luz de inteligencia comenzaba a insinuarse en su cerebro, cuando la puerta se abrió bruscamente, y un hombre, robusto y canoso, irrumpió en el cuarto.

por

G. K. CHESTERTON

Ilustraciones de Parpagnoli

Ese incidente tuvo la virtud de devolverlo a la realidad, como un hombre que, tras un prolongado salto en el espacio, siente de pronto el frío contacto del agua. Recordó súbitamente dónde se encontraba y por qué medios había llegado hasta allí. Era muy característico en él que, si bien veía un punto práctico tardíamente, cuando lo veía por fin era con entera lucidez y en todas sus ramificaciones lógicas. Nadie creería en ninguna razón legítima que justificara su entrada en esa casa por la ventana, cuando pudo hacerlo por la puerta principal. Y, en efecto, razón legítima no tenía ninguna, o por lo menos ninguna que pudiese explicar sin una larga peroración de índole poética y filosófica. Más aun, en ese preciso momento sus dedos jugaban con uno de los cuchillos, de plata maciza. Tras una ligera vacilación, posó el cuchillo y se quitó el sombrero.

—Y bien, — dijo por último, con una ironía displicente — de ser usted, yo no dispararía esa arma; pero supongo que avisará a la policía.

El desconocido, que era probablemente el dueño de la casa, guardó durante un instante una actitud de profundo estupor. Al abrir la puerta había tenido un violento sobresalto, pero se rehizo en seguida. Su rostro, vigoroso y astuto, estaba provisto de un par de ojos prominentes que le daban una apariencia de perpetua protesta. Pero, por alguna misteriosa razón, no fué hacia esos ojos acusadores donde convergió la mirada del poeta, sino hacia el alfiler que ostentaba la pechera de la camisa, y que era un ópalo luminoso. Por fin Gale sonrió con alivio y esperó que el otro hablara.

—¿Es usted un ladrón? — inquirió el dueño de casa cautelosamente.

—A decir verdad, no lo soy, — repuso Gale. Pero si me pregunta qué otra cosa soy, le contestaré que lo ignoro.

El otro hombre fué rápidamente hacia él, haciendo un ademán como para detenerle una mano, o acaso las dos.

—No dudo de que usted sea un ladrón, — dijo; — pero no importa. ¿Quiere hacerme el honor de quedarse a cenar?

Luego, tras una agitada pausa insistió:

—Quédese, se lo ruego; hay un cubierto para usted.

Gale recorrió con la vista la mesa y contó el número de cubiertos. El cálculo acabó con cualquier duda que podía abrigar aún sobre el sentido de ese ininterrumpido encadenamiento de excentricidad. Comprendió porqué su huésped llevaba un ópalo, porqué el espejo había sido roto deliberadamente, porqué la sal estaba derramada sobre el mantel de la mesa, porqué los cuchillos estaban dispuestos en cruz, porqué el extraño personaje llenaba la casa con ramos de flores rojas, la decoraba con plumas de pavo real, y tenía uno de esos pájaros en su jardín. Comprendió que la escalera no había sido puesta allí para permitir a los albañiles alcanzar la ventana, sino para que los comensales pasaran debajo de ella al dirigirse a la puerta de entrada. Por último, comprendió que él iba a ser el invitado número trece de ese singular banquete.

—La cena está por empezar, — pronunció el hombre del ópalo con afabilidad. Voy a llamar a los demás. Compañía del más alto interés, se lo aseguro; toda gente de buen criterio y recto sentido, que se burla de las supersticiones. Me llamo Crundle, Humphrey Crundle, y soy discretamente conocido en los centros comerciales de la ciudad. Supongo que debo presentarme a mí mismo para poder presentarlo a los demás.

Gale tuvo la vaga idea de que su atención había sido atraída alguna vez por el nombre de Crundle, asociándolo a alguna marca de jabón o de plumasfuentes; y, por poco que supiera sobre esas cosas, se figuró fácilmente que un hombre así, aunque sólo vivía en una villa de modestas dimensiones, podía permitirse el lujo de tener un pavo real, ahí donde la luz crepuscular moría entre las ramas de los árboles.

Los miembros del Club de los Trece parecían estar ya preparados para la cena. Algunos eran muy jóvenes, de semblante ingenuo y nervioso, como si les asustara su propia osadía. Dos de ellos se destacaban del grupo por la singularidad de ser, según todas las apariencias, caballeros de alcurnia. Uno era un hombre entero, de edad más que madura, con un rostro que era un laberinto de arrugas, y tenía la cabeza coronada por una peluca castaña. Le fué presentado como Sir Daniel Creel, abogado de nota y tenía una mirada llena de inteligencia. Sus rasgos, algo desiguales, eran hermosos; pero las sienes hundidas y la órbita profunda de los ojos le daban un aspecto de fatiga precoz, que era mental más bien que física.

La intuición del poeta le dijo que aquella apariencia no era engañosa; que el hombre que había ido a parar a esa extraña sociedad había frecuentado muchas extrañas sociedades, buscando quizá algo más extraño de lo que ya conocía.

Transcurrió algún tiempo, sin embargo, antes de que ninguno de los invitados pudiera revelar su personalidad, debido a la verbosidad extremada de su anfitrión. Acaso Mr. Crundle creía apropiado, como presidente del Club de los Trece, el hablar con todos. Sea lo que fuera, durante unos minutos condujo por sí solo toda la conversación, agitándose en su silla con satisfacción radiante, como un hombre que puede por fin realizar la aspiración suprema de toda la vida. En realidad, había algo de casi anormal en la locuacidad jocunda de ese comerciante canoso, como si esa locuacidad se alimentase en una fuente que nada tenía de festivo. Las pullas que, como un fuego cerrado, descerrajaba a todos los presentes, eran casi siempre de un gusto dudoso; pero él no parecía pensarlo así, pues las celebraba con carcajadas ruidosas.

Fué después de una de sus reiteradas afirmaciones de que todas esas historias acerca de supersticiones no eran sino disparates de gente ignorante, cuando la aguda aunque temblorosa voz del anciano Creel, aprovechando una coyuntura, se hizo oír:

—Aquí, mi querido Crundle, desearía hacer una distinción, — dijo con tono categórico. Convengo en que son disparates pero no son disparates del mismo orden. Por ejemplo, si consideramos su origen histórico, me parece diferir de notable manera. El origen de alguna de esas supersticiones es obvio, y el de otras oscuro en extremo. Las creencias acerca del día viernes y del número trece son probablemente de fuente religiosa; ¿pero qué origen puede tener, por ejemplo, la creencia en el poder fatídico de las plumas de pavo real?

Crundle iba a contestar con un rugido jocundo que se trataba de otro disparate, tan infernal como los demás, cuando Gale, que habíase deslizado en el asiento próximo al hombre llamado Noél, se interpuso con toda naturalidad.

—Creo poder arrojar un poco de luz sobre ese punto, — pronunció. — Hallé rastros de esa antigua superstición en unos manuscritos iluminados del noveno o décimo siglo. Hay allí un dibujo muy curioso, de estilo rígidamente bizantino, que representa a dos ejércitos preparándose para una batalla en el reino de los cielos. Pero mientras San Miguel tiende espadas a los buenos ángeles, Satán arma a los ángeles rebeldes con plumas de pavo real.

Noel volvió bruscamente sus ojos profudos hacia él.

—Es ese un dato interesante, — dijo — ¿Usted quiere inferir, que se trata de la vieja noción teológica sobre la maldad del orgullo?

—Hay en el jardín un pavo real entero para desplumar, — gritó Crundle con acento vivaz, y agregó: Siempre que alguno de ustedes desee combatir a los buenos ángeles.

—No son armas muy ofensivas, — repuso Gale gravemente, — y eso es lo que, a mi entender, quiso significar el ignoto artista medieval. Diré más: a mi manera de ver, de ese simbólico contraste en las armas, surge el hecho de que los ángeles buenos se arman para entablar una batalla real y por lo tanto de resultados dudosos, mientras los pérfidos tendían desde ya, por decirlo así, las palmas de la victoria. No se puede luchar contra nadie con las palmas de la victoria.

Durante el desarrollo de esa conversación, Crundle dió señales de una agitación curiosa: una agitación mucho menos radiante que al principio. Sus ojos prominentes interrogaban a los oradores, sus labios se movían incesantemente, y sus dedos empezaron a tamborilear la mesa. Por último exclamó:

—¿Cuál es el significado de todo esto, si se puede saber? ¿Es que estarían por creer en todas esas patrañas?

—Perdón, — interrumpió el viejo abogado, repitiendo el enlace lógico con fruición de jurista, — mi gestión era muy sencilla. Yo hablé de causas, y no de justificaciones. Me he limitado a afirmar que el origen de la leyenda del pavo real es menos aparente que aquel que atribuye al día viernes una virtud de mal augurio.

—¿Usted cree que el viernes es día de mal augurio? — preguntó de pronto Crundle volviéndose hacia el poeta.

—No; por el contrario, estimo que es un día propicio, — repuso Gale. Y así lo pensó siem-

El Muerto de la Casa del Pavo Real

(Continuación de la pág. anterior)



pro la cristiandad, a pesar de sus pequeñas supersticiones.

—¡Oh, al diablo la crist...! — empezó diciendo Mr. Crundle con súbita violencia; pero algo en la voz de Noél, que parecía hacer de su vehemencia un vano arrebato, lo detuvo.

—Yo no soy cristiano, — prorrumpió Noél con voz pétrea. Ni es del caso preguntarse si quisiera serlo. Pero estimo que el punto de vista de Mr. Gale está plenamente justificado, de que esa religión puede contradecir aquella superstición. Y esta verdad tiene otras proyecciones: si yo creyera en Dios, no creería en un Dios que hiciera depender la felicidad de un salero volcado o de la vista de una pluma de pavo real. Cualquiera que sea la enseñanza que imparte el Cristianismo, supongo que no enseñará que el Creador es un loco.

Gale meneó pensativamente la cabeza, como en un asentimiento parcial, y contestó, dirigiéndose a Noél tan sólo:

—En ese sentido, no cabe duda de que usted está en lo cierto. Pero pienso que aun queda algo por decir. Estimo que la mayoría de la gente ha tomado esas supersticiones un poco a la ligera, acaso en un grado mayor que usted mismo. ¿Quién nos dice que ellas no se referían a los pecados más leves, en aquel mundo tosco de la Edad Media que poblaba el cielo de espíritus malignos antes que de ángeles? Porque después de todo, los cristianos admiten más de una categoría de ángeles; y algunos entre ellos son ángeles caídos — como las figuras armadas con plumas de pavo real. Ahora bien, ¿por qué suponer que esas figuras tuvieron realmente algo que ver con las plumas de pavo real? Así como los bajos espíritus hacen de las suyas con las mesas de tres patas, así también podrían hacernos malas pasadas con cuchillos y saleros. Claro está que nuestras almas no dependen de un espejo roto; pero seguramente un espíritu maligno se complacería en hacérnoslo creer así. Su éxito depende por lo tanto de la disposición de ánimo que tengamos al romper el espejo. Y yo me figuro muy bien que el romper un espejo con una disposición de ánimo determinada — verbigracia, una de burla y de inhumanidad — pueda ponernos en contacto con influencias perniciosas. De la misma manera, me figuro muy bien que un hálito de mal agüero pueda envolver la casa donde tal cosa haya sucedido, y los espíritus malignos la ronden de continuo.

Sobrevino un silencio extraño, un silencio que al orador pareció flotar y posarse sobre los jardines y las calles; nadie habló; el silencio fué roto al fin por el delgado y agudo grito del pavo real.

Fué entonces cuando Humphrey sorprendió a todos los comensales con su primer arrebato. Habíase quedado mirando a Gale con ojos desorbitados; por último, cuando hubo recobrado el uso de la palabra, fué su voz tan espesa y áspera que su primera nota resultó apenas más humana que el grito del pájaro. Tartamudeó con rabia, y sólo hacia el final de la primera sentencia sus palabras se volvieron inteligibles: —... viene aquí para soltar sandeces y beber mi borgoña como un gran señor; habla como un loro contra nuestras... contra la sustancia misma... ¿por qué no nos tironea las narices, en el tren que está? ¿por qué, en nombre del infierno, no nos tironea las narices?

—Vamos, vamos, — intervino Noel con tono cortante. No está usted en sus cabales, Crundle; tengo entendido que este caballero vino aquí a su invitación, para ocupar el lugar de uno de nuestros amigos.

—Usted nos dijo que Arturo Bailey mandó un telegrama notificándole que no podía venir, — terció el abogado, siempre preciso, — y que el señor Gale había accedido gentilmente a ocupar su puesto.

—Es verdad, magulló Crundle. Le pedí que se sentara en mi mesa como invitado número trece, y por ese solo hecho queda desmentida la vieja superstición, porque, teniendo en cuenta la manera cómo entró, puede considerarse afortunado de haber comido tan bien.

Noel se interpuso nuevamente; pero Gale ya se había puesto de pie. Su semblante no denotaba enojo, y sí confusión. Se volvió hacia Creel y Noel, ignorando a su huésped.

—Les quedo muy agradecido, señores, pero creo que ha llegado el momento de retirarme. Cierto es que fuí invitado a la cena, pero no a la casa...

Jugó un instante con dos cuchillos cruzados sobre la mesa, y dijo luego, mirando hacia el jardín:

—Lo cierto es que no estoy tan seguro de que el número trece haya sido tan afortunado como parece creerlo Mr. Crundle.

—¿Qué quiere usted decir? — gritó el aludido ásperamente. ¿Acaso pretende insinuar que no ha comido bien? Sólo le falta agregar ahora que fué envenenado.

Gale seguía mirando por la ventana. Al cabo de un corto silencio, añadió:

—Yo soy el convidado número catorce y no pasé debajo de la escalera.

Era característico del viejo Creel de que sólo podía seguir un argumento lógico en su sentido literal; de ahí que el símbolo y la atmósfera espiritual que encerraban las palabras de Gale pasaran desapercibidos para él, cuando ya el sutil Noel los había comprendido. Parpadeando, dijo irónicamente al poeta:

—¿Debo entender por sus palabras que usted quisiera prestar fe a todas esas estúpidas creencias sobre las escaleras y lo demás?

—No estoy seguro de que lo quisiera — repuso Gale — pero, eso sí, me sería indiferente transgredirlas. Cuando uno piensa, ¡son tantas las cosas que se pueden transgredir! Hizo una pausa, y añadió luego, como disculpándose: Los Diez Mandamientos, por ejemplo.

Se produjo otro silencio, y Noel se sorprendió esperando con irracional ansiedad un nuevo grito del hermoso pájaro en el jardín. Pero el pavo real no se hizo oir. Tuvo la impresión, puramente subconsciente y más irracional aun, de que el pájaro había sido estrangulado al amparo de la noche.

El poeta se volvió por primera vez hacia Humphrey Crundle, la vista fija en los ojos saltones.

—Puede que los pavos reales no traigan desgracia; pero el orgullo sí. Cuando usted se propuso violar deliberadamente las tradiciones — o locuras — de los humildes, lo hizo con un espíritu de insolencia y de desprecio, y terminó por violar algo más sagrado. Puede que un espejo roto no tenga influencia maléfica alguna; pero un cerebro trastornado sí, y su locura lo condujo al crimen. Puede que el rojo no traiga desgracia; pero hay algo mucho más rojo y siniestro, y de ese algo hay rastros en el borde de la ventana y en los peldaños de la escalera. En un principio tomé ese algo por pétalos.

Por primera vez desde el comienzo de la cena, el hombre en la cabecera de la mesa no dió signos de agitación. Pero algo, en su súbita y pétrea inmovilidad, pareció inyectar vida a los demás, porque todos se pusieron de pie en medio de un confuso clamor de protestas y de preguntas. Sólo Noel guardó su presencia de ánimo.

—Señor Gale — pronunció firmemente — usted dijo demasiado o demasiado poco. Muchos pensarían que sólo se trata de desatinos, pero yo tengo la impresión de que sus palabras no son tan superficiales como parecen. Pero si deja las cosas como están, deberemos pensar que sólo se trata de una atroz calumnia. En otras palabras, usted afirma que hubo aquí un crimen. ¿A quién acusa? ¿O es que debemos acusarnos mutuamente?

—Yo no le acuso — contestó Gale — y la prueba está en que si el crimen ha de ser verificado, le ruego que lo haga usted mismo. Sir Daniel Creel en su calidad de hombre de ley, podrá acompañarlo. Observen las manchas sobre la escalera. Hallarán otras idénticas en el césped al pie de la escalera, yendo en dirección de ese depósito de carbón. Y, si quieren, también pueden echar una ojeada en el interior del depósito. Acaso él sea el término de su búsqueda.

Crundle permanecía clavado en su asiento, inmóvil como una estatua, y algo advirtió a los presentes de que sus ojos saltones estaban vueltos hacia dentro. Habríase dicho que estaba revolviendo algún oscuro enigma cuya solución se le escapaba.

Creel y Noel salieron de la estancia y pudo oírseles hablar en voz baja al pie de la escalera. Luego sus voces se perdieron en dirección del depósito de carbón.

El anciano conservaba su extraña inmovilidad, como un ídolo oriental, cuando de súbito, pareció dilatarse y brillar como si una lámpara monstruosa se hubiese encendido en su interior. Se puso de pie de un salto, blandió su copa como para un brindis, y la dejó caer con fuerza sobre la mesa, de manera que el cristal se quebró en mil pedazos y el vino formó en el mantel una gran mancha roja.

—¡Ya está! ¡Yo tenía razón! — gritó con voz exaltada. — ¡Después de todo, yo tenía razón! ¿Es que no comprenden ustedes? ¿No ven ese hombre, allá, no es el convidado número trece. Es en realidad el número catorce, y el que está aquí el número quince. El verdadero número trece es Arturo Bailey y se porta a las mil maravillas, ¿no es así? Cierto es que no pudo venir, ¿pero qué importancia tiene eso? ¿Por qué diablos habría de importar? El es el décimo tercer miembro del Club, ¿no es así? Por lo tanto, despues de él no puede haber otro número trece. El resto me tiene sin cuidado; me tiene sin cuidado lo que puedan decirme o lo que puedan hacerme. Con esto quedan desmentidas definitivamente todas esas patrañas, porque el hombre del depósito de carbón no es el número trece, y desafío a cualquiera...

En todos los números de Crítica Revista Multicolor" un gran cuento policial. Lea en el próximo número el misterioso caso de la mujer estrangulada en un vagón del tren número 624

Noel y Creel aparecieron en el vano de la puerta, el ceño torvo. Cuando Crundle, arrastrado por el torbellino de sus propias palabras, se detuvo para respirar, Noel pronunció con voz acerada, dirigiéndose a Gale:

—Lamento tener que decir que usted tenía razón.

—El espectáculo más horrible que haya presenciado en mi vida, — apoyó el viejo Creel, y se sentó súbitamente, llevándose a los labios una copita de coñac y con mano trémula.

—Encontramos, escondido en el depósito de carbón, el cuerpo degollado de un infeliz — prosiguió Noel con una vez sin timebre. Por la marca de su traje, curiosamente anticuado para un hombre comparativamente joven, parece ser oriundo de Stoke-under-Ham.

—¿Qué físico tiene? — interrogó Gale con súbita animación.

Noel lo miró con curiosidad.

—Tiene un cuerpo muy largo y flaco, con un pelo como estopa. ¿Por qué quiere saberlo?

—Supongo que debe parecerse algo a mí. — repuso el poeta.

Después de su último y singular arrebato, Crundle habíase dejado caer nuevamente en su silla, sin mostrar en apariencia ningún deseo de defenderse de huir. Su boca seguía moviéndose, pero hablaba para sí mismo, probándose con lucidez siempre creciente que el hombre a quien había asesinado no tenía derecho al número trece. Sir Daniel Creel pareció por un momento tan trastornado como su huésped; pero fué él quien al fin rompió el penoso silencio. Alzando su cabeza coronada por su peluca grotesca, dijo:

—La sangre derramada pide justicia. Soy un anciano, pero estaría dispuesto a vengarla sobre mi propio hermano.

—Voy a llamar a la policía — pronunció Noel quedo. — No veo por qué habríamos de esperar más. Su cuerpo desgarbado y su rostro ascético habían cobrado un nuevo vigor y ardía en sus ojos una extraña llama.

Un gran hombre rubicundo y florido, que respondía al nombre de Bull, pertenecía al tipo de los viajantes de comercio y habíase mostrado muy barullero en el otro extremo de la mesa, comenzó a intervenir como el presidente de un jurado.

—Nada de vacilaciones. Nada de sentimentalismos — proclamó con voz estentórea.

—Penoso asunto, por supuesto; un viejo miembro del club y todo lo demás. Pero afirmo que no soy sentimentalista; y quien lo sea, se merece la horca. Ya no caben dudas sobre la culpabilidad del viejo Crundle. Hace unos minutos, lo oímos confesar prácticamente su crimen, cuando estos señores estaban fuera del cuarto.

—Soy partidario de una acción inmediata — sostuvo Noel — ¿Dónde está el teléfono?

Gabriel Gale se puso frente a la figura hundida en la silla, y se volvió hacia el grupo de los invitados.

—¡Un momento! — gritó — Déjenme decir una palabra.

—Y bien, ¿de qué se trata? — inquirió Noel fríamente.

—Aborrezco hacer mi propio elogio — dijo el poeta — pero, por desgracia, mi réplica no puede tomar otra forma. Soy un sentimentalista, como diría el señor Bull; soy un sentimentalista en la sangre, un vulgar rimador de canciones sentimentales. Ustedes son personas racionales, sensatas, que se burlan de las supersticiones; ustedes son hombres prácticos y de sentido común. Pero su sentido común no les bastó para descubrir el cuerpo del muerto. Habrían fumado sus cigarros racionales, bebido su grog racional, y luego se hubieran ido a casa, sonrientes y satisfechos, dejando que el cadáver se pudriera en el depósito de carbón. Ustedes nunca se detuvieron a pensar a que extremos puede conducir una mente forrada de escepticismo, como ocurrió con ese pobre fantoche en la silla. Un sentimentalista, un vulgar rimador, ha descubierto el crimen en lugar de ustedes; acaso porque es un sentimentalista. Y ahora el sentimentalista afortunado debe decir unas palabras para justificar al infortunado.

—¿Usted se refiere al criminal? — preguntó Creel con su voz seca pero trémula.

—Sí. Yo lo he descubierto, y ahora voy a defenderlo.

—De modo que usted defiende asesinos, ¿no es así?

—Algunos asesinos — replicó Gale con calma. — Este es un asesino de una categoría casi única. En realidad, estoy lejos de creer que sea realmente un asesino. Todo pudo deberse a un simple accidente: una especie de acción mecánica, como la de un autómata.

La luz de otros tiempos brilló en los apagados ojos de Creel, y su voz incisiva ya no temblaba.

—Usted quiere decir — pronunció — que Crundle leyó el telegrama de Bailey, y al comprender que quedaría un asiento sin ocupar fué a la calle y habló a una persona totalmente desconocida, la trajo aquí, fué en busca de una navaja de afeitar o un cuchillo de trinchar, degolló a su invitado, bajó el cadáver por la escalera y lo escondió en el depósito de carbón. Y todo esto por accidente, o por un gesto puramente automático.

—Muy bien dicho, Sir Daniel — repuso Gale —; y ahora permítame una pregunta, formulada en el mismo lenguaje legal: ¿Qué hace usted del móvil? Usted afirma que Crundle no pudo asesinar a un hombre que le era totalmente desconocido por mero accidente; ¿pero por qué habría de asesinarlo adrede? ¿Con qué fin? Eso no sólo no le procuraba la solución de lo que tenía en vista, sino que daba por el suelo con todas sus teorías. ¿Por qué habría de hacer un hueco en la cena del Club de los Trece? ¿Por qué, en nombre del Cielo, habría de hacer del décimo tercer miembro un monumento de desastre? Su crimen fué a expensas de su propio credo, o duda metódica o negación, o como quieran llamarlo ustedes.

—Eso es verdad, — asintió Noel. — ¿Cómo explicar el crimen, entonces?

—Yo creo, —repuso Gale— que nadie puede decirlo sino yo mismo; y les voy a decir por qué. ¿Han reparado ustedes en todas las actitudes absurdas que puede adoptar la vida? Supongo que son esas actitudes las que se proponen traducir las nuevas escuelas de arte: figuras rígidamente tendidas, de pie sobre una sola pierna o posando manos inconscientes en objetos incongruos. Vivimos una tragedia de posiciones absurdas. Y me lo explico, porque yo mismo, esta tarde, me encontré en una posición por demás absurda.

"Subí esa escalera por simple curiosidad y estaba observando la mesa como un necio, enderezando distraídamente los cuchillos. Tenía aun el sombrero puesto, pero cuando Crundle irrumpió en el cuarto hice un gesto para sacármelo con la mano que sujetaba el cuchillo; luego, recapacitando, depuse el cuchillo primero. Fué uno de esos movimientos instintivos que suelen sucedernos a todos.

"Ahora bien, cuando Crundle me vió, tuvo un violento sobresalto, como si yo hubiese sido Dios en persona o el verdugo aguardándolo en su propio comedor; y creo saber el por qué. Es que también yo soy alto y mi cabello parece estopa; y cuando Crundle entró, mi figura se destacaba como una sombra contra la luz de la ventana. En ese instante de pavor, se habrá imaginado que el cuerpo, abandonando su escondijo, se arrastró por la escalera y se instaló aquí como un fantasma. Pero mientras tanto mi gesto indeciso, con el cuchillo en la mano, me había revelado lo que ocurrió en realidad.

"Cuando ese pobre rústico de tierra adentro penetró aquí, sintió lo que tal vez ninguno de nosotros ha sentido. Acababa de llegar de alguna región donde la estricta observancia de las supersticiones asume jerarquía de culto. Tomó por lo tanto uno de los cuchillos cruzados y se disponía a enderezarlos cuando vió la sal derramada sobre el mantel. Se imaginó posiblemente que su propio gesto había tumbado la salera. En ese instante álgido Crundle hizo su entrada, agravando la confusión de su invitado y apresurando su intento de hacer dos cosas a la vez. El infeliz, que aun sujetaba el mango del cuchillo, se abalanzó sobre la sal para arrojar una pizca sobre su hombro. Pero en el mismo instante el fanático, que se había detenido en el vano de la puerta, saltó sobre él como una pantera y sujetó la muñeca ya alzada.

GIILBERT K. CHESTERTON, ha renovado la técnica del cuento policial. Primero hizo célebre a su personaje, el sacerdote católico padre Brown, siempre incrédulo de la explicación sobrenatural de los crímenes y descubridor de una explicación racional aun más maravillosa.

Ahora ha creado un nuevo detective, el distraído poeta Gabriel Gale, héroe de la espléndida novela corta que hoy aparece por primera vez en castellano, en CRITICA Revista Multicolor.

"Porque todo el frágil universo que había forjado Crundle dependía de ese momento. Ustedes, que hablan de supersticiones, ¿repararon acaso en que esta es una casa hechizada? ¿No comprenden que está plagada de encantamientos y de ritos mágicos, sólo que se hacen al revés, como las brujas recitaban el Padrenuestro? ¿Pueden imaginarse la zozobra de una bruja si hubiese pronunciado correctamente dos palabras de la oración? Crundle comprendió que este aldeano iba a trastornar todos los sortilegios de su propia magia. Si el aldeano arrojaba sal por encima de su hombro, todo el edificio se vendría tal vez abajo. Con la fuerza acumulada de su terror y de su odio, detuvo la mano que sujetaba el cuchillo, atento solamente a evitar que algunos granos de polvo plateado salpicaran el suelo.

"Sólo Dios sabe si fué un accidente. Pero yo soy un hombre y él es un hombre, y por lo tanto no lo entregaré a los jueces si puedo evitarlo, por el solo hecho de haber cometido un crimen por accidente, o por un gesto automático, o acaso también por una especie de defensa propia. Si alguno de ustedes toma un cuchillo y una pizca de sal y se coloca en la posición del muerto, comprenderá lo ocurrido. Resumo, pues: en ningún momento y bajo ninguna circunstancia, quizás, pudo producirse el hecho exactamente en esa posición, y el filo de un cuchillo hallarse tan cerca de un pescuezo humano sin intención en ambas partes, excepto como culminación de este entrelazamiento de trivialidades que debía terminar en tragedia. Porque sólo mediante un extraño juego de circunstancias pudo ocurrir que ese hombre de tierra adentro, llegado con su pequeño equipaje de creencias camperas, se topase con este excéntrico rabioso, y que todo terminase en una vulgar pelea: el choque de dos supersticiones.

La figura en la cabecera de la mesa había sido casi enteramente olvidada. Pero Noel volvió ahora sus ojos hacia ella, y preguntó con una paciencia fría, como si se dirigiese a un niño caprichoso:

—¿Es verdad todo esto?

Crundle se puso de pie con un movimiento inseguro, sus labios agitados por un constante temblor. Todos notaron que entre ellos asomaba un poco de espuma.

—Lo que quisiera saber...— empezó diciendo con voz tonante; pero de pronto la voz pareció secarse en su garganta, trastabilló y se desplomó sobre la mesa, en medio de un fragor de cristales rotos.

—Debemos llamar a un médico — dijo Noel.

—Aunque llamaran a dos, las cosas no cambiarían — repuso Gale, y se encaminó hacia la ventana por donde entrara una hora antes.

Noel fué con él hasta el portón del jardín, a través del césped que, bajo los rayos lunares, parecía casi tan azul como el pavo real. Ya en la calle, el poeta se volvió hacia su compañero.

—Supongo que usted es Norman Noel ,el célebre explorador — dijo—. Le confieso que su persona me resulta más interesante que la de ese pobre monomaníaco; y deseo hacerle una pregunta. Perdóneme si imagino las cosas por usted, por decirlo así; es una deplorable costumbre mía. Usted ha estudiado las supersticiones en todo el mundo y vió cosas comparadas con las cuales todas esas tonterías sobre sal derramada y cuchillos puestos en cruz son juego de niños. Usted recorrió selvas misteriosas, cruzadas por el proféstico vuelo de los vampiros, más vastos que dragones; o montañas frecuentadas por hechiceros, donde se afirma que un hombre puede ver en el rostro de su amigo o de su mujer los ojos de una bestia salvaje. Usted ha conocido pueblos que tenían verdaderas supersticiones; supersticiones diabólicas, soberbias, terribles. Usted ha vivido en medio de esos pueblos, y quiero formularle una pregunta sobre ellos.

—Veo que también usted sabe algo a su respecto —pronunció Noel— pero voy a contestarle.

—¿No eran más felices que nosotros?

Gale hizo una ligera pausa, luego prosiguió:

—¿No entonaban más cantos, no bailaban más danzas, no bebían vino con regocijo más real? Y eso era porque creían en el mal. Un mal personificado por hechizos, tal vez, o por la mala muerte, u otros símbolos tan estúpidos como bajos; pero fuerzas, al fin y al cabo, contra las que debía lucharse. Todo para ellos se resumía en blanco o negro, y contemplaban la idea como lo que es: un campo de batalla. Usted, en cambio, no es feliz porque no cree en el mal, y porque adoptó la cómoda actitud de no considerar las cosas sino bajo una uniforme tonalidad gris. Y yo le hablo así, porque esta noche usted tuvo una revelación: usted vió algo digno de aborrecer, y por eso se siente feliz. Un simple crimen no habría bastado. Si la víctima hubiese sido algún anciano de la ciudad, o aun algún joven de la ciudad, nunca habría herido su sensibilidad de tal modo. Pero yo sé qué impresión usted ha tenido porque hubo algo, en la muerte de ese pobre campesino, más odioso que cualquier palabra.

Noel asintió.

—Supongo que era la forma de las colas de su saco — dijo simplemente (1).

—Ya me lo figuraba — contestó Gale. —Bueno, ese es el camino de la realidad. Buenas noches.

Y prosiguió su camino por la ruta suburbana, adquiriendo inconscientemente el tono de los campos bañados de luna. Pero no encontró ningún otro pavo real, y es probable que no lo deseara tampoco.

(1) Noel se refiere a la forma peculiar del saco de los pastores protestantes. — N. del T.

A. Rimbaud, el Atormentado

La extravagante precocidad de Arthur Rimbaud y su misteriosa indiferencia por la gloria, plantean un problema que es único en la historia literaria.

EN ciertas épocas, una gran angustia oprime a toda la humanidad.

Son pocos los que pueden traducir el mensaje Revelación - Revolución que quiere una boca de hombre. Nada ha estallado aún. Y, sin embargo, desde el principio del siglo XIX, siento la inminencia del cataclismo viviente. Se puede seguir las huellas en el rastro marcado para siempre por su estigma en los espíritus que lo presintieron. Por señales casi insensibles, algunos pueden reconocer que este mensaje ha buscado expresarse en vano por las voces del Blake de los "Cantos Proféticos", del Poe de "Eureka", del Victor Hugo de "Lo que dice la boca de la sombra" y de los últimos poemas metafísicos, del Balzac de "Luis Lambert", del Baudelaire de "Correspondencias" y del Ghil de la "Sombra Altruista", tornados atentos por las voces anteriores del Zohar o de Swedenborg. Es bien extraño que Rimbaud omita el citar, en su enumeración de "videntes", a Gerard de Nerval, el hombre ahorcado por un fantasma, el autor de "Quimeras" y de "Aurelia", aquel que, con el Rimbaud de la "Carta del Vidente", es el que más se ha alejado de la vida de su cuerpo en la persecución del ensueño real.

Yo veo a Rimbaud como un niño predestinado, monstruosamente precoz, levantado contra todo por su pura rebelión. Es el nuevo profeta, pleno de vehemencia y de cólera, consumido por el fuego devorador que incendiaba su alma, viviendo de su ira fría y hablando el lenguaje desconocido del mensaje.

El carácter único, irreductible, de una absoluta novedad, de esta tentativa está para mí en la sinceridad que puso Rimbaud en el abandono de sí mismo.

El autor de "Barco Ebrio" que tenía, en la época en que escribió ese poema, una personalidad tan asombrosa como la de Hugo y que se había forjado, también, una forma nueva, hubiera podido muy bien — tengo de ello la certeza interior, — continuar hasta el fin de una vida colmada de gloria, publicando todos los años una nueva obra, haciendo una bella carrera, como se dice. Pero prefirió sacrificarlo todo. Y algunos que han sentido obscuramente el sacrificio que consumaba en esa etapa de su vida que marca la "Carta del Vidente", lo han lamentado: tristes cobardes.

Pero algo ardía en él que no le permitía detenerse en su camino, ligarse por algún compromiso a una vida que rechazaba con todo el asco de su ser. Le era necesario dar forma a las revelaciones que llevaba en su seno y para que esta forma no se marchitara jamás, para no traicionar al espíritu de maravilla que le acosaba, sintiendo bien que todas las fuerzas de su razón lúcida, de su individuo autónomo, no bastarían para retenerlo, se echó a cuerpo perdido en lo desconocido de los sueños, de los automatismos y de los delirios.

Tal fué su duro trabajo, el lento acceso, la espantosa destrucción de sí mismo, forzándose a la sed y al hambre, pidiendo socorro a las ebriedades del alcohol y de haschisch, aplicándose a crear en todos los sentidos la alucinación simple, voluntaria al principio y después sufrida. Tal era el precio de su suplicio, tal era la puerta abierta a los maravillamientos y éxtasis. Podía, por fin, decir: "Cuando escribo no soy yo el que escribo, me dictan".

El estallante brasero de todo su ser ardió en dos años más que la duración de la vida humana, viviendo en un instante el ciclo de varias generaciones. Su obra fué el pasado, el presente y el porvenir hasta el fin. (Del Parnaso, al simbolismo que inventó él, hasta el superrealismo y más allá aun). Y, cuando, habiendo agotado toda escritura hasta el asco, agotado él mismo hasta el fondo del alma, se calló: aquello fué un poco el silencio del fin del mundo.

★

Había visto. Pero no estaba muerto. Y el fuego ardía siempre en él.

Junio de 1871.

"Quemad, os lo ruego, todos los versos que fui lo bastante tonto para daros".

Carta a Banville, el 14 de julio de 1871.

El poema que Rimbaud enviaba a Banville en una carta era: "Lo que el poeta dice a propósito de las flores". Pregunta al pobre Banville: "¿He progresado?"

Banville no debía ser particularmente apto para apreciar ese género de "progreso". Un año después escribe Rimbaud el poema parnasiano: "Credo in unam", magnífico, donde se nota el humor terrible del que ya ha dejado atrás esa poesía...

Agosto de 1871.

La vida exterior en la época de las "experiencias" del Vidente, que va a retornar a París.

Febrero de 1875.

El drama de Bruselas ha pasado. Verlaine ha salido de la prisión. Y Rimbaud lo ha visto de nuevo. Muy poco.

Un agujero de ocho años.

En fin, la extraña carta de Germain Nouveau, expedida en Argel el 12 de diciembre de 1893, con destino a Aden; donde Rimbaud, estropeado para siempre acababa de partir por última vez.

Y el llamado de Nouveau siguiendo en vano las huellas del moribundo alucinado.

De Aden a Marsella, de Marsella a París, de París a Roches, de Roches a Marsella. Demasiado tarde. La carta perseguía sólo un cadáver.

★

Rimbaud, desde hacía mucho tiempo, había abandonado París. Había errado a través del mundo. El solo lugar que lo retuvo fué el Mar Rojo. Por todas partes le siguió el gusto por la mala suerte. Por todas partes buscó los climas mortales, la labor que extenúa y los sufrimientos y el sol asesino.

¿Por qué, desde hace algún tiempo, coincidencias en las lecturas o conversaciones, vienen sin cesar a recordarme esa extraña tradición oculta, según la cual los exorcisadores y magos, cuando quieren despoblar la vida de un ser o de un lugar del espectro que los frecuenta, envían esta alma en pena, todas las almas en pena, a danzar, a danzar sobre el Mar Rojo?


POR
ROGER GILBERT - LECOMTE
ILUSTRACION DE GUIDA



Visto y Oído ★ Un pájaro raro ★ por PREMIANI

El TEATRO JAPONÉS NO TIENE ESCENOGRAFÍA. Los ACTORES EXPLICAN el LUGAR en QUE SE HALLAN SEGÚN SU PAPEL. TAMBIÉN UTILIZAN el ABANICO COMO LENGUAJE SIMBÓLICO. REPRESENTAN PAPELES de HOMBRE y de MUJER.

JULIO SLOWACKI

CONÓCESE al POETA POLACO J. SLOWACKI con el APODO de "SATANÁS DEL ARTE POÉTICO". PÚSOLE TAL NOMBRE SU COLEGA ADAM MICKIEWICZ.

★

Una de las AVES MÁS RARAS QUE EXISTEN, es el CARDENAL COLORADO. VIVE ÚNICAMENTE en CALIFORNIA.

1 TONELADA	de AGUA	del	ATLÁNTICO	PRODUCE	4	Ks.	de	SAL.
"	"	"	PACÍFICO	"	36	"	"	"
"	"	"	ÁRTICO y ANTÁRTICO	"	39	"	"	"
"	"	"	MAR MUERTO	"	86	"	"	"

MARÍA JERITZA CANTABA en un OBSCURO CABARET de VIENA. ALLÍ fué DESCUBIERTA por el CONDE CASTIGLIONI, QUIEN la CONDUJO A LA CELEBRIDAD como GRAN CANTANTE.

★ Bibliografía ★

RIBEIRO COUTO: Noroeste e outros poemas do Brasil. 1933, Sao Paulo.

Es opinión general (o quejumbre mecánica general) que los hombres de las diversas Américas no nos conocemos bastante. Si omitimos de esas Américas la del Norte (que puede enseñarnos mucho o aun todo, así por errores como por aciertos), pienso estrictamente lo contrario. Pienso que infinitamente nos parecemos, con escasas y míseras variantes de color local, y que un conocimiento intensivo sería como esos trabajosos velorios que nos infieren el incómodo trato de aciagos primos derrotados por la urticaria o de pálidas tías que viven a la espera del escorbuto. Cuando un mulato azucarado me jura que tal o cual prohombre guatemalteco "quiere mucho a los argentinos" y dedica vigilias apasionadas a examinar los libros de Manuel Gálvez o de J. L. Borges, mi justa indignación ignora los límites, y declaro: a), que está malgastando la vida; b), que se trata de un ingenuo político que lee para que lo lean, y c), que los infiernos del Pen-Club serán suyos. Alguien observará que mi ignorancia de la literatura argentina es (aunque considerable) imperfecta, pero yo le respondo que lo que en mí es un mal necesario, corre el albur de parecer una aberración en persona engendrada en Guayaquil. Cambiar Sarmientos por Montalvos, permutar polcas paraguayas contra falsos tangos boquenses, remitir un José Gervasio Artigas y recibir un Emiliano Zapata a vuelta de correo ¡qué atolondrado y prodigioso comercio, en el que pierden **todos**!

No sé si se desprende de lo anterior que mi desconocimiento de la lírica del Brasil no se avergüenza demasiado de ser total. No se vea en ello un desdén: véase la indolente convicción — tal vez equivocada, pero no ilógica — de que personas parecidas a mí o a los amigos que frecuento, y provistas de una biblioteca no muy distinta, no pueden depararme vastos asombros.

No sé si las influencias que percibo en Ribeiro Couto son de primera mano o de undécima. Una es continua y evidente: la de Walt Whitman. Líneas como éstas (que copio en español para que las erratas voraces no las desgasten):

Oh, raza insatisfecha de fronteras.
Raza tosca, enérgica, decisiva,
y como estas otras:
En mi sangre, confusamente, se [agitan voces.
Tengo el impulso de gritar a la [tierra que duerme.

derivan notoriamente de "Leaves of grass" — ¡¡1855! — y aun de lo más comunicativo y menos interno del glorioso folleto. Una influencia ocasional es la de Carl Sandburg. La exaltación de San Pablo (páginas 39, 40) es un facsímil indolente y casero, pero reconocible, del poema "Chicago", tan frecuentado por las antologías. El verso tercero, por ejemplo, es casi una traducción: lo cual es menos importante que la identidad perfecta de tono, de aparato sintáctico.

Lo anterior no es obligatoriamente un reproche. El verso libre, las enumeraciones entusiasmadas, el patetismo de los nombres geográficos, fueron inventados o lúcidamente organizados por Whitman para su versión ferviente de América; no sé por qué motivo no han de servir para una comunicación del Brasil.

Copio, a riesgo de erratas, este fragmento que no deja de parecerme conmovedor, sobre todo por los dos versos finales, que derivan lo patético de un país del hecho de que ningún varón, todavía, ha nacido en él:

Esta humanidade virgem, sem [antepassados locaes!
Esta certeza de fundar a vida [ambiente,
A alegría de construir a casa [inicial!
Chegar um día com os camaradas,
Derrubar os troncos para os es- [teios,
Cortar o sapé para a coberta,
Cavar o poço junto da porta
E fazer o primeiro fogo do lar,
Depois, na noita do sertao rude,
Dormir no girau cheiroso
Sonhando com as roças futuras [en flor.
Nenhum homem feito, ó Noroeste,
Pode dizer-te: minha terra na- [tal.

Copio también esta bondadosa irrisión. (El tema es Río de Janeiro; podría ser, con alguna variación en los nombres y en los temas de vanidad, Buenos Aires).

No rumor constante da via tu- [multuaria
As multidoes infatigaveis de fun- [cionarios publicos
Circulam entre os palacios demo- [craticos
E no peito de todos um confuso [enthusiasmo de felicidade
Vibra tao forte como a luz.
O Brasil é o maior paiz do mundo.
A bahia do Guanabara é a bahia [mais bella do mundo.
O povo brasileiro é o povo mais [intelligente do mundo.

J. L. B.

NUESTROS COLABORADORES

★

RAUL GONZALEZ TUÑON, autor de tres libros de poemas: "El violín del Diablo", "Miércoles de Ceniza" y "La Calle del Agujero en la Media". Escribió series de notas acerca de la guerra del Chaco, de la fisonomía del Sur, etc. Ha colaborado en los principales diarios y revistas de América. Recientemente fué invitado a colaborar en "Monde", la revista que dirige Henri Barbusse.

Ha recorrido casi todo el interior del país, el Uruguay, Brasil, Paraguay, Francia y España. Posiblemente es el periodista argentino que tiene más horas de vuelo en avión. Ha obtenido un premio municipal de literatura en 1928. Es porteño. Nació en 1905.

ERNEST HEMINGWAY es un poeta y novelista norteamericano. Autor de "Adiós a las Armas", famosa novela que fué filmada con Helen Hayes y Gary Cooper de protagonistas. Hemingway se batió durante la guerra en el frente italiano. Ha residido varios años en París. Es colaborador de la revista internacional literaria "Trasition".

SANTIAGO DABOVE, reside en Morón. Es entendido en música, literatura inglesa, metafísica y es un excelente tirador de revólver. Su especialidad es el cuento fantástico. Prepara un volumen en el que figurarán "La Muerte y su Traje", "El Espantapájaros y la melodía", y otros aparecidos en CRITICA Multicolor. Nació en la provincia de Buenos Aires.

BRASIL GERSON, es un periodista y novelista brasileño. Le han dado renombre en su país y el extranjero, las crónicas acerca de las manifestaciones típicas del pueblo brasileño. Recientemente visitó la Argentina. Ha viajado por la cuenca del Amazonas y por los estados del Sur.

SARA DE ETCHEVERTS, es argentina. Su novela "El constructor del silencio" obtuvo un primer premio municipal de literatura. Reside en Belgrano, Capital Federal.

Ser Polvo

¡INEXORABLE severidad de las circunstancias! Los médicos que me atendían tuvieron que darme a mis pedidos insistentes, a mis ruegos desesperados, varias inyecciones de morfina y otras substancias para poner como un guante suave a la garra con que habitualmente me torturaba la implacable enfermedad: una atroz neuralgia del trigémino.

Yo, por mi parte, tomaba más venenos que Mitríates. El caso era poner una sordina a esa especie de pila voltaica o bobina que atormentaba mi trigémino con su corriente de viva pulsación dolorosa. Pero nunca se diga: he agotado el padecimiento, este dolor no puede ser superado. Pues siempre habrá más sufrimiento, más dolor, más lágrimas que tragar. Y no se vea en las quejas y expresión de amargura presentes otra cosa que una de las variaciones sobre este texto único y terriblemente invariable: "¡no hay esperanza para el corazón del hombre!" Me despedí de los médicos y llevaba la jeringa para inyecciones hipodérmicas ,las píldoras de opio y todo el arsenal de mi farmacopea habitual.

Monté a caballo, como solía hacerlo, para atravesar esos veinte kilómetros que separaban los pueblos que siempre solía recorrer.

Frente mismo a ese cementerio abandonado y polvoriento que me sugería la idea de una muerte doble, la que había albergado y la de él mismo, que se caía y se transformaba en ruinas, ladrillo por ladrillo, terrón por terrón, me ocurrió la desgracia. Frente mismo a esa ruina me tocó la fatalidad lo mismo que a Jacob el ángel que en las tinieblas le tocó el muslo y lo derrengó, no pudiendo vencerlo. La hemiplegia, la parálisis que hacía tiempo me amenazaba, me volteó del caballo. Luego que caí, éste se puso a pastar un tiempo, y al poco rato se alejó. Quedaba yo abandonado en esa ruta solitaria donde no pasaba un ser humano en muchos días, a veces. Sin maldecir mi destino, porque se había gastado la maldición en mi boca y nada representaba ya. Porque esa maldición había sido en mí como las gracias que d aa la vida un ser constantemente agradecido por la prodigalidad con que lo mima una existencia abundante en dones.

Como el suelo en que caí, a un lado del camino, era duro, y podía permanecer mucho tiempo allí, y poco me podía mover, me dediqué a cavar pacientemente con mi cortaplumas, la tierra alrededor de mi cuerpo. La tarea resultó más bien fácil porque el suelo era esponjoso. Poco a poco me fuí enterrando en una especie de fosa que resultó un lecho algo más tolerable que la superficie dura. Me dediqué, a tragar con entusiasmo y regularidad "ejemplares", píldora tras píldora de opio y eso debe haber determinado el "sueño" que precedió a "mi muerte".

Era un extraño sueño-vela y una muerte-vida. El cuerpo tenía una pesadez mayor que la del plomo, a ratos, porque en otros no lo sentía en absoluto, exceptuando la cabeza que conservaba su sensibilidad.

Muchos días, me parece, pasé en esa situación y las píldoras negras seguían entrando por mi boca y parecían descender por declive y asentarse abajo para transformar todo en negrura y en tierra.

★

La cabeza sentía y sabía que pertenecía a un cuerpo terroso, habitado por lombrices y escarabajos y lleno de galerías frecuentadas por hormigas. Pero experimentaba cierto calor y cierto gusto en ser de barro y de ahuecarse cada vez más. Así era y, cosa extraordinaria, había quedado mi cabeza indemne y nutrida por el barro como una planta.

Al principio se defendía a dentelladas de los pájaros de presa que querían comerle los ojos y la carne de la cara. Por el hormigueo que siento adentro, creo que debo tener un nido de hormigas cerca del corazón. Me alegra, pero me impele a andar y no se puede ser barro y andar. Todo tiene qu venir a mí; no saldré al encuentro de ningún amanecer ni atardecer, de ninguna sensación.

Cosa curiosa: el cuerpo está atacado por las fuerzas roedoras de la vida y es un amasijo donde ningún anatomista distinguiría más que barro, galerías y trabajos prolijos de insectos que instalan su casa y, sin embargo, el cerebro conserva su inteligencia.

Me daba cuenta de que mi cabeza recibía el alimento poderoso de la tierra, pero en una forma directa, idéntica a la de los vegetales. La savia subía y bajaba lenta, en vez de la sangre que maneja nerviosamente el corazón. Pero ahora ¿qué pasa? las cosas cambian. Mi cabeza estaba casi contenta con llegar a ser como un bulbo, una papa, un tubérculo, y ahora está llena de temor. Teme que alguno de esos paleontólogos que se pasan la vida husmeando la muerte, la descubra. O que esos historiadores políticos que son los otros empresarios de pompas fúnebres que acuden después de la inhumación, echen de ver la vegetalización de mi cabeza. Pero, por suerte, no me vieron.

...¡Qué tristeza! Ser casi como la tierra y tener todavía esperanzas de andar, de amar.

Si me quiero mover me encuentro como pegado, como solidarizado con la tierra. Me estoy difundiendo, voy a ser pronto un difunto. ¡Qué extraña planta es mi cabeza! Difícil será que dure su singularidad incógnita. Todo lo descubren los hombres, hasta una moneda de dos centavos embarrada.

Maquinalmente se inclinaba mi cabeza hacia el reloj de bolsillo que había puesto a mi lado cuando caí. La tapa que cerraba la máquina estaba abierta y una hilera de hormigas pequeñas entraba y salía. Hubiera querido limpiarlo y guardarlo, pero ¿en qué harapo de mi traje, si todo mi cuerpo era casi tierra?

Sentía que mi transición a vegetal no progresaba mucho porque un gran deseo de fumar me torturaba. Ideas absurdas me cruzaban la mente. ¡Deseaba ser planta de tabaco para no tener la necesidad de fumar!





El imperioso deseo de moverme iba cediendo al de estar firme y nutrido por una tierra rica y protectora.

...Por momentos me entretengo y miro con interés pasar las nubes. ¿Cuántas formas piensan adoptar antes de no ser ya más, nunca más, máscaras de vapor de agua? ¿Las agotarán todas? Las nubes divierten al que no puede hacer otra cosa que mirar el cielo, pero, cuando repiten hasta el cansancio su intento de semejar formas animales, sin mayor éxito, me siento tan decepcionado que podría mirar impávido una reja de arado venir en derechura a mi cabeza.

...Voy a ser vegetal y no lo siento, porque los vegetales han descubierto eso de su vida extática y egoista. Su modo de cumplimiento y realización amorosos por medio de telegramas de polen no puede satisfacernos como nuestro amor carnal y apretado. Pero es cuestión de probar y veremos cómo son sus voluptuosidades.

...Pero no es fácil conformarse y borraríamos con una goma lo que está escrito en el libro del destino si ya no nos estuviera acaeciendo.

De qué manera odio ahora eso del "árbol genealógico de las familias"; me recuerda demasiado mi trágica condición de regresión a un vegetal. No hago cuestión de dignidad ni de prerrogativas, la condición de vegetal es tan honrosa como la de animal, pero, para ser lógicos, ¿por qué no representan las ascendencias humanas con la cornamenta de un ciervo? Estaría más de acuerdo con la realidad y la animalidad de la cuestión.

...Solo en aquel desierto, pasaban los días lentamente sobre mi pena y aburrimiento. Calculaba el tiempo que llevaba de entierro por el largo de mi barba. La notaba algo hinchada y, su naturaleza córnea igual a la de la uña y epidermis, se esponjaba como en algunas fibras vegetales. Me consolaba pensando que hay árboles expresivos tanto como un animal o un ser humano. Yo me acuerdo haber visto un álamo, cuerda tendida del cielo a la tierra. Era un árbol con hojas y ramas cortas y muy alto, más que un palo de navío adornado. El viento sacaba del follaje una expresión cambiante, un rumor, casi sin sonido, como un arco de violín que hace vibrar las cuerdas con velocidad e intensidad graduadas.

...Oí los pasos de un hombre, planta de caminador quizá, que por no tener con qué pagar el pasaje en distancias largas, se ha puesto algo así como un émbolo en las piernas y una presión de vapor de agua en el pecho. Se detuvo como si hubiera frenado de golpe frente a mi cara barbuda. Se asustó primero y empezó a huir, luego, venciéndolo la curiosidad volvió y, pensando quizá en un crimen, empezó a tratar de desenterrarme escarbando con una navaja. Yo no sabía cómo hacer para hablarle, porque mi voz ya era un semi-silencio por la casi carencia de pulmones. Como en secreto le decía: ¡Déjeme, déjeme, si me saca de la tierra, como hombre ya no tengo nada de efectivo, y me mata como vegetal. Si quiere cuidar la vida y no ser meramente policía, no mate este modo de existir que también tiene algo de grato, inocente y deseable.

El hombre pretendió seguir escarbando, entonces le escupí en la cara. Se ofendió y me golpeó con el revés de la mano. Me pareció, entonces, que una oleada de sangre subió a mi cabeza, y mis ojos coléricos desafiaban como los de un esgrimista enterrado, junto con espada, pedana y punta hábil que busca herir.

La expresión de buena persona desolada y servicial que puso el hombre, me advirtió que no era de esa raza caballeresca y duelista. Pero en todo esto había algo que llegó a estremecerme, algo referente a mí mismo.

Como es común en el momento de encolerizarnos, me subió el rubor a la cara. Habréis observado que sin espejo no podemos ver de esta última más que un costado de la nariz y una muy pequeña parte de la mejilla y labio correspondiente, todo esto muy borroso y cerrando un ojo. Yo que había cerrado el izquierdo como para un duelo a pistola, pude ver en los planos confusos por demasiada proximidad, del lado derecho, en esa mejilla que, en otro tiempo había fatigado tanto el dolor, pude entrever, digo, la ascención de un "rubor verde". ¿Sería la savia, y la clorófila de las células periféricas le prestaría un ilusorio aspecto verdoso? No sé, pero me parece que cada día soy menos hombre.

...Frente a ese antiguo cementerio me iba transformando en una tuna solitaria en la que probarían sus cortaplumas los muchachos ociosos. Yo, con esas manazas enguantadas y carnosas que tienen las tunas, les palmearía las espaldas sudorosas y les tomaría con fruición "su olor humano". ¿Su olor?, para entonces, ¿con qué?, si ya se me va aminorando la agudeza de todos los sentidos.

Así como el ruído tan variado y agudo de los goznes de las puertas nunca va a llegar a ser música, pensaba todavía mi tumultuosidad de animal que nunca se acomodaría a la actividad callada y serena de los vegetales y tan encauzada en reposo...

Por mucho que se valore la actividad y el cambio, la libertad y traslación humanas, en la mayoría de los casos el hombre se mueve, anda, va y viene en un calabozo filiforme, prolongado. El que tiene por horizonte las cuatro paredes bien sabidas y palpadas, no difiere mucho del que recorre las mismas rutas a diario, para cumplir ocupaciones siempre iguales, en circunstancias no muy diferentes. Todo este fatigarse no vale lo que el beso mutuo y ni siquiera pactado, entre el vegetal y el Sol.

...Pero todo esto no es más que sofisma. Cada vez muero más como hombre y esa muerte me cubre de espinas y capas clorofiladas. Y ahora, frente al cementerio polvoriento, frente a la ruina anónima, la tuna "a que pertenezco", se disgrega cortado su tronco por un hachazo. ¡Venga el polvo igualitario! ¿Neutro? No sé, pero tendría que tener ganas el fermento que se ponga de nuevo a laborar con materia o cosa como "la mía", tan trabajada de decepciones y derrumbamientos.

POR

SANTIAGO DABOVE

ILUSTRACION DE RECHAIN

Morfina

EN la tarde del sábado, Enrique Croce se siente el propietario de una libertad desmesurada. Acaba de dejar su alma calcada, vieja, de oficinista de ocho horas diarias en el rincón donde retumba, todos los días, el tableteo neurótico de las máquinas de escribir.

Vagando por las calles de la ciudad, solo consigo mismo, sus narices se dilatan como si absorbieran un viento de imprevisto, el espejismo de una vida sin huella. Y su mirada se empapa del posible milagro...

Entonces, solo, íntegro, total, el hombre de la semana toma, en las horas del sábado, su inyección de morfina: el cine. Tiene la voluptuosidad de cambiar de barrio, de no aferrarse a la misma sala, de elegir. Esta palabra, elegir, tiene para Enrique Croce un gozo desinteresado. Algo así como un impulso de aventura, de predestinación. Es el absoluto gozador de ese mundo invertido de la pantalla. Nunca prevé su tarde del sábado, su morfina de ultrarealidad. Va al encuentro de su absurdo con una tremenda ingenuidad. Entra por azar, recreándose en el vestíbulo ignorado del cine ante los afiches multicolores: títulos, nombres, dibujos que lo elevarán, como tentáculos, a supermundos, superpasiones, superdestinos.

Entonces, retarda la hora de entrar, el momento de sacar su billete de entrada, fumando con impaciencia, la mirada saltando sobre las palabras del idioma que no entenderá nunca, que no querrá entender, la boca aspirando el perfume de la melena rubia o castaña de la "star"...

El timbre sonando, llenando de premuras la sonrisa solitaria, que empieza a excitarse, de Enrique Croce. Deja que los demás se atropellen para entrar, que se afanen por robarle su espacio de sombra. El lo tiene dominado, infundido, y siempre lo encontrará porque es su creyente, su fanático.

Antes de entrar, en probada delectación, se asoma a la calle para mirar los rayos de los letreros luminosos. Paladea una inmensa dulzura... Agotando el cigarrillo en dolorosa y libre impaciencia, se dice:

—Dentro de unos minutos, ahora mismo si quiero, entraré. Todo esto, calles cuyas casas no son más que cajas etiqueteadas de costumbres, la ciudad con su técnica, con su maquinismo de vida nivelada, gente conocida y desconocida, sin problemas pero artificialmente complejas, desaparecerá. Y yo entraré aquí, ileso de todo eso; entraré a esta sala oscura que es para mi el paraíso artificial que me salva de ser el hombre de todos los días de la semana... Claro, es un placer vulgar para la mayoría de los idiotas que vienen al cine por la butaca barata y por los eternos romances que sacuden sus vidas sin episodios. Yo no. Yo soy un buscador, un ansioso de una realidad mejor. Dolor, obstáculo, todas las pasiones, que aquí, en el cuadrado hipnotizador del celuloide, se trasfiguran en don de vida, en vocación de voluntad invencible para darme a mí solo, el conocedor, el captador, la más amplia posibilidad... Sí, ileso de todo, de la ciudad y de los hombres, revirginizado, con un ímpetu invasor de alba en mis venas que se aceleran con el mismo ritmo de la máquina proyectora... Por eso vengo solo, en absoluto estado de sorpresa, pronto al estupor...

El timbre insistente, enroscándose como anillos de acero por la expectativa voluptuosa de Enrique Croce. Y él, que tira el cigarrillo con lentitud indomable.

—Dentro de medio minuto, naceré de nuevo. Tomaré un baño de helioterapia espiritual que me arrancará la piel del alma vieja... Aboliré mi rutina, mi vida anterior y seré un héroe arduo, tenaz, victorioso, amasador de su destino...

Entra, entra por fin. Ahora da su billete de entrada con impaciencia. Empieza a sonar en sus oídos la música viviente que le hincha el pecho...

Entra. Se sumerge en la sala ciega. Al sentirse afirmar sobre su butaca, respira, con los ojos cerrados, la delicia anticipada. Ya está en otro planeta.

★

Morfina de cielos trocados, en la inversión de su destino. Se siente en plena espontaneidad que toca la subconsciencia. Es decir, en plena creación de sí mismo. Toca el clima de una hipersensibilidad, sintiendo el curso de la morfina a través del mapa de sus venas.

Trópico calámbrico, dulce y torturado con grandes ríos de música, en el movimiento de los escenarios... Empieza el embrujo apenas oye hablar a Helen Hayes, apenas la mira en los ojos húmedos, en la mirada que parece llegar desde un terciopelo tumbado... Se sumerge en las dos morbideces, en las dos islas mórbidas, él, el navegante solitario: la voz tan tumbada como la mirada... Y él que pone sus labios sobre los labios de Helen Haynes y copia a Gary Cooper o a Clark Gable esa prepotencia muscular, esa audacia que pulveriza obstáculos y situaciones, ese radio ilimitado de simpatía que es el arco tenso de la voluntad de vivir...

Es su actual, viviente, total reencarnación esa del cuerpo y temperamentos superados en los otros... Es él, realizado sin restricciones, en los otros, en el empuje físico de Cooper, en la osadía sin vacilaciones de Gable, en el cinismo — "humour" quintaesenciado — de William Powell. Es él, agrandado, espaciado por su imaginación latina... Y será el deslumbramiento pasivo de la Hayes en sus brazos, tan tentaculares como los de un Cooper o un Forbes...

Sube la exaltación. Décimas de fiebre lúcida. Morfina. Paraíso artificial de inmensos y solitarios cielos.

Será Carole Lombard, fina, huidiza, pero siempre atrapable.

Será la espiralada Jean Harlow. Será Joan Crawford con sus curvas triunfadoras. Será la gran promesa supina de Greta Garbo...

Y él, el ínfimo Enrique Croce, será todo: el invasor, el bárbaro atlético, o el fullero genial, o el profesional del amor, o el sentimental, catador de pasados, coleccionista de gestos inminentes.

Morfina, morfina que acelera la carne, que la trueca en cosa etérea, cósmica, que la desplaza hacia geografías inverosímiles. Alucinación sin desvarío, ensueño sin incoherencia.

Y él saldrá sobre la sombra muerta del final, sobre el alba nueva de la sala, extraño, dopado, nublado, con restos del trópico blanco, humeando en sus venas..

por

Sara de Etcheverts

Ilustración de Güida

★



Ahora, en la tarde del domingo, siente aun el ramalazo del absurdo. Ahí está en medio del court" de tennis del Club Bancario, raqueteando con la dactilógrafa. Está de pantalón blanco y camisa de sport, abierta, tajante sobre el pecho henchido, con el gesto identificado de algún personaje superado.

Sí. Poblado aun de su morfina, de su ficción, de su impulso que lo ha arrojado, por algunas horas, lejos de sí mismo. Una agitación rauda atropella los músculos, la sonrisa, la mirada. Parece allí, blanco sobre el piso rojo de la cancha, su propia proyección, su personaje de pesadilla dinámica. Habla, asalta, inunda. Todo lo ha asimilado: aparece prepotente, ambicioso, cínico. Y la dactilógrafa, azorada, que lo escucha, sin llegar a transfigurarse...

—Mirá, Elvira, yo seré pronto un magnate, una potencia... Marcaré mi hora! ¿Por cuanto tiempo? No me importa saberlo. Lo único que importa saber en este domingo de primavera es que seré un magnate, que tengo treinta años y que estás lindísima con ese pañuelo a rayas de colores al aire... No estás tan linda en los días que nos vemos durante ocho horas diarias.

Ella termina por reír. No comprende la divagación redentora de Enrique Croce. Y muere de estas palabras, que sólo pueden salvar su risa de veinte años:

—¡Pero qué disparate, hombre!

El se aferra al disparate y como en el cine, como en su planeta, lo vuelve carne y sangre de una realidad factible.

—No, no dudés. En este día no se debe dudar... Seremos poderosos, inmensos. Verás mi nombre en letras de colores, desparramado en letreros luminosos. Sí, por toda la ciudad! Vos tendrás un Rolls Royce color canario, como Nancy Carroll.

El prodigio lo tiene de pie, frente a su destino ilimitado, dispuesto a tomar la vida por los hombros y mirarla a la cara, en los ojos ..

★

Lunes a las nueve menos cuarto de la mañana. Todo evaporado. Hay que afeitarse, bañarse, vestirse. La oficina abierta, tragando, como un monstruo, esas milicias de gusanos que son los hombres. Los hombres de ocho horas diarias.

Con enorme nostalgia, Enrique Croce vuelve a calzarse su alma vieja. Surge de su propio escombro. No se parece a sí hace unas horas.

A trabajar, trabajar cinco días y medio, pesados, interminables. Retorna a sí mismo, a su pavoroso anonimato. Vuelve a ser un subalterno, una ficha, un tornillo...

Sale. Una náusea le brota del estómago al subir al colectivo, ver el mismo número, el mismo chauffeur y tener que hacer el mismo, al personaje inédito de mismo itinerario.



Samba, Canción de los Mulatos de Río

POR BRASIL GERSON
Ilustración de Guevara

HAY una melodía que es característica de cada pueblo. Así, en la Argentina, el tango y en Cuba, la rumba. Ella posee un ritmo que es nacional, porque dentro de las fronteras donde nació, los hombres la sienten y la comprenden como "su" melodía, la melodía de "su" país.

El Brasil, mientras tanto, no tiene una que pueda considerarse "gaucha", en Río Grande del Sur; paulista, en San Pablo; carioca, en Río de Janeiro; amazonense, en la Amazonia...

En 1915, un bailarín llamado Duque empezó a danzar la "maxixe" en los cabarets de París y el mundo consagró la "maxixe" como la melodía brasileña.

Música violenta para bailar, no para cantar ¿qué vale en el Brasil la "maxixe"? Famosa fué durante algún tiempo, durante una generación, y murió, como todas las cosas que no nacen espontáneamente, del alma del pueblo.

Quedaron el "samba" y la "modiña". El primero nacido en los morros de Río de Janeiro, melodía doliente creada por los negros, y la segunda, venida del sertón, convertida en poesía y melodía por el romanticismo ingenuo del "caboclo" enamorado de la luna y de las estrellas, de los ríos y de los árboles, de los ojos de sus mujeres, de los pájaros que cantan en el patio de la casa vieja, en los ponientes melancólicos, y en las campanas tristes de las capillas distantes, anunciando los "rezos" del mes de mayo...

Es la "modiña":

"Tu te lembras da casinha pequenina,
Onde o nosso amor nasceu
Tinha um coqueiro do lado
Que, coitado,
De saudade ja morreu..."



Los hombres hicieron del Brasil un país de más de ocho millones de kilómetros cuadrados, hace ya algunos siglos. Le demarcaron los límites y le dijeron: "Tendrás, por su sentimiento, un alma brasileña, de Norte a Sur, de Este a Oeste".

Demasiado grande, formado de razas tan diversas, habitando tierras tan variadas en el clima y en el paisaje, ¿cómo podría el Brasil, con dos centenas de años, tener, por determinación de los hombres, una misma y única alma brasileña?

Esa obra solamente el tiempo la realizaría y, en verdad, recién hoy, el tiempo empieza a realizarla, creando, poco a poco, para los brasileños, la canción que el paulista, oyéndola, se exalte y diga: "¡Es mía!", y el gaucho, cantándola, la admire y exclame: "¡Es nuestra!"

Y esa canción-melodía colectiva del Brasil, no será el "samba", porque el "samba", menos que la canción de un pueblo, es la canción de un hombre transitorio, que va pasando, mudando de color y de alma, para integrarse, al fin, en el hombre definitivo de su tierra.

El hombre transitorio del Brasil, el creador del "samba", es el negro, antecesor del mulato, sub-raza que la raza blanca de los trópicos va conquistando y asimilando, para renovarla y "standardizarla" en un tipo nuevo, que no será, ciertamente ariano, pero que también del Africa sólo conservará, como recuerdo, el tremendo sensualismo y la inagotable ternura de su corazón...

El "samba" nació en los morros hincados dentro de la ciudad mayor del Brasil, y quien lo inventó fué una saudade que se puso a cantar tristemente, en el alma de un poeta negro, que no sabía leer ni escribir. No es africano ni brasileño: es carioca, fruto exclusivo del sentimentalismo de ese hombre transitorio, nieto de los esclavos traídos en los navíos negreros del siglo que pasó, e hijo de la ciudad encantada del Guanabara, colorida y romántica...

Es verdad que el Brasil entero la aplaude y la adora; pero no como una cosa de su misma sangre. El "samba" es un lamento que solamente los morros de Río de Janeiro improvisan para ellos mismos sentir y entender.

Hoy, en Río de Janeiro, ya se da el nombre de "samba" a casi todas las canciones que tienen por asunto devaneos de arrabal, en torno de mulatas de ojos grandes, que abandonaron el morro para vivir la vida bonita de la ciudad.

Como el "samba", el mulato es también absorbido por el tumulto de la ciudad. Abandona el morro. Se viste como los otros, que son de otro color. Cambia de hábitos. Se integra en una otra vida, para tener, al fin, nietos que ya no serán, como él, así tan oscuros, ni tan sensuales...

El destino del "samba" está atado al destino del hombre transitorio que lo inventó, y vive en los morros rústicos, enclavado dentro de la ciudad inmensa. El tiempo, poco a poco, va borrándolo de las tradiciones del Brasil, descomponiéndolo, modificándolo, para matarlo del todo...

★

El "samba" es la canción de la ausencia: no existiría si la ciudad no tuviese vitrinas, y las vitrinas no sedujesen a las mulatas, y si las mulatas no poseyesen unos cuerpos tan agradables, tan hechos para las sedas...

"No carnaval me lembro
Tanto da Favella, oi!
Onde ella, oi! morava.
Eu so tinha uma esteira
E uma chinella, oi!
Mas ella, oi! gostava!"

Se asomaron asimismo, allá en el morro. El sólo tenía, en la sórdida casucha, una estera que servía de cama. En vez de zapatos, usaba zapatillas. Sus ropas no pasaban de un pantalón viejo, de brin, y de una camiseta de malevo, rayada en negro y colorado. A veces comían, otras veces no... Vida de "fiacún", cantador de "sambas" y enamorado de las estrellas... Pero sabía amar con violencia y con ardor... Era "su hombre", corajudo, valiente, apasionado y romántico. Gustaba de su voz cálida y rotunda, de sus besos hambrientos, de sus brazos enormes, que la apretaban, dejándole señales amoratadas en sus carnes morenas, de piel sabrosa como la piel del durazno, que provoca "frissons" en sus nervios hipersensibles de mujer de fuego, hecha para el abrazo...

Un día, sin embargo, cuando él volvió...

La verdad es ésta, que está en otro "samba":

"Amor sem dinheiro, meu bem,
Nao tem valor..."

★

¿Y si fuésemos al morro para ver un "samba"? ¿A cuál de ellos? ¿Al de la Mangueira, que queda en un arrabal? ¿Al de la Favella, en donde ya no vive "Sete Coroas", el "taita" del malevaje, ladrón ágil que la policía, un día, al fin atrapó? ¿Al morro de San Carlos, tan en el centro? ¿O será preferible que subamos, en un atardecer, a las alturas del Salgueiro, puesto como un rascacielo, por demás gordo, en ruinas, en el centro de un barrio tranquilo, de pequeños burgueses?

El camino que conduce a lo alto del Salgueiro es empinado, bordeando en zig-zag el bloque de piedra y de barro, que desconoce toda suerte de vehículos, porque el mismo hombre, para escalarlo, tiene que ser precavido y ligero, atento aquí a un resbalo en el terreno barriento y allí a un salto que es preciso dar sobre dos piedras distantes...

Nació el morro de una necesidad imperiosa: la necesidad de habitar, que es una necesidad de todas las gentes de todas las clases. El primero que allá subió, plantó en el suelo cuatro estacas, y con unos pedazos de tablas viejas arrancadas durante la noche de los andamios de la ciudad, improvisó cuatro paredes, una puerta y una ventana. De viejas latas de kerosene hizo un tejado. A guisa de decorado, en las paredes, pegó una imagen de Nuestra Señora de la Peña, y las rendijas, por donde se colaba el viento, las tapó con páginas de diarios. Sobre el piso húmedo, tendió una estera de juncos. Durmió contento. Le imitaron. Y los morros tienen ahora millares de habitantes así, hombres y mujeres que no saben dónde quedó el resto de su familia, vagabundos que cantan y duermen, ladrones que la policía no encuentra nunca, estibadores, lavanderas sentimentales, y gatos, la enorme legión de gatos del morro, que mueren, como en un bárbaro sacrificio, para que el "samba" cante mejor en los tamboriles...

Hubo un tiempo en que el Favella dominó con sus leyendas toda la atención de Río. Vivían en sus casuchas, los malevos más famosos de la ciudad, y en las madrugadas calmas, persiguiéndolos, la policía subía el morro para sorprenderlos en el juego y en la "cachaza". Fueron tremendos las encuentros, pero la victoria pertenecía siempre a los malevos, hábiles en la emboscada y en la fuga en el terreno que solamente ellos conocían.

Sofocado ahora por la ciudad que crece, el Favella está en franca decadencia. Con sus "taitas", sus "sambistas" y sus mulatas románticas, transfirióse al morro da Mangueira y al de Salgueiro. Murió en lo que tenía de típico. Y se volvió banal, lleno de callejuelas tranquilas, que los turistas recorren de noche sin temor de apariciones extrañas...

★

—¿Y subirás solo al morro do Salgueiro? —me interrogaban admirados algunos amigos que se preciaban de conocedores de aquel "bas-fond" carioca.

Respondo que subiré solo, y subí.

Las casuchas sórdidas se alinean, como soldados fuera de formación, por el camino que circunda el morro. Son todas iguales, hechas de tablas, de viejas latas de kerosene. En el patiecito de casi todas ellas, hay una mujer que canta, lavando ropas, y dentro del cuarto improvisado hay un hombre fuerte, en mangas de camisa, que duerme la siesta...

Subo e indago:

—¿Dónde vive Antonio Gargalhada, el "sambista"?

—Allá, arriba... en aquella casa más alta.

Y, a la distancia, se advierte que soló un trovador romántico podría haber construído, por sus propias manos, una vivienda así, clavada sobre el abismo, en el lugar más lindo del morro, con dos ventanas abiertas hacia el mar y hacia los escenarios más impresionantes de la ciudad.

Llamo. Un mulato de dientes muy blancos, de voz amable, me atiende:

—¿Quiere hablar conmigo?

—Así es. Soy periodista y quisiera saber cómo se hace un "samba".

—¡Oh! Hay otros "sambistas" más importantes que yo...

—Pues, allá, abajo, una morena me dijo: Gargalhada es muy modesto, y por eso no se impone como el primer "sambista" del morro. Me está pareciendo que la mulata tiene razón.

Gargalhada, sonrió, diciendo:



—Haga el favor de entrar. La casa es pobre, pero no tiene peligro para el visitante.

Hay en el alma de los hombres un sentimiento inmutable, lo mismo en los buenos como en los malos, en los sabios, en los artistas, como en los malevos: la vanidad. La casa de Antonio Gargalhada tiene un compartimento único: su cuarto. Y su cuarto es un museo. Miro y descubro una guitarra, un tamboril, una veintena de páginas coloreadas, de revistas, a guisa de cuadros, en las paredes, una cama de hierro, un par de zapatos debajo de la cama, y sobre la mesita de luz (un cajón, vacío, de bacalao) algunas fotografías de mujer.

La puerta de la casa de Antonio Gargalhade está abierta, y a través de ella, mis ojos se distraen, allá afuera, con un pillete que corre detrás de un gato, con la intención de atraparlo.

Gargalhada comenta:

—Han de estar necesitando cuero de gato para hacer tamboriles.

Ustedes, en la ciudad, dicen: escribir o componer un "samba". Y el "samba" es ejecutado por las orquestas, con violines, saxofones, contrabajos... Pero nosotros, aquí en el morro, no usamos esas novedades en el "samba". El "samba" está todavía como nació. No lo componemos. Sacamos el "samba" de la cabeza, trasladándolo al tamboril, para cantarlo después en las "escuelas" (grupos de aficionados del "samba") con tamboril, panderos y sonajos... Nada de instrumentos extranjeros... Cuando mucho, la guitarra.

—¿Y por qué "sacar" en vez de componer?

—Porque los "sambistas" no saben música, y la mayoría tampoco sabe leer y escribir. Es sólo inspiración. Uno siente la inspiración en la cabeza y va formando la historia y transformando todo en verso. Toma el tamboril y con los dedos va sacando la melodía. Después manda copiar y lleva la copia a las casas de discos.

—¡Curioso instrumento, el tamboril!

—Curioso a pesar de simple. Basta una caja vacía de cigarros, un piolín delgado y fuerte, y —¡asómbrese usted!— un cuero de gato. Se quitan de la caja la tapa y el fondo; se deja secar bien tirante el cuero, atándolo luego a la caja...

—Produce un sonido profundo, melodioso...

—Siendo hecho, claro está, con piel de gato en celo, muerto en trance de celo, al amor de la luna...

En el morro del Salgueiro se tiene la convicción de que sólo los gatos sorprendidos en éxtasis romántico, pueden ofrecer cueros óptimos para los tamboriles. Y es por eso que, cuando el carnaval se aproxima y las "escuelas" comienzas sus ensayos para la fiesta más popular del Brasil, el morro gana, durante las noches, aspectos nuevos, y la cacería de gatos, en las huertas oscuras, constituye un deporte que impresiona y divierte.

Munidos de garrotes, allá van, sigilosamente, como sombras, caminando en la oscuridad, hombres y mujeres, dispuestos a descargar sobre los ágiles felinos, siempre alertas, el golpe certero que los desplome. Los gatos saltan en la fuga precipitada, y sus perseguidores corren tras ellos. De intento, a veces, las más de las veces, y a veces por acaso, se dan encontrones y el mulato recio, sintiendo en el rostro el tibio contacto de otra carne, respira profundamente, le asaltan repentinos deseos mórbidos, levanta la presa en los brazos y la lleva, jadeando, hacia el amor prohibido, en la primera curva, sin luces, del terreno...

Poco a poco la luna crece en lo alto, y un viento fresco venido del mar, torna el morro del Salgueiro agradable y poético.

La ciudad que explaya al pie del morro, es un espectáculo luminoso, y el morro, envuelto en la penumbra de la noche llena de estrellas, parece que duerme mecido por el silencio.

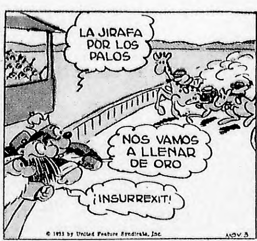
Antonio Gargalhada toma la guitarra y me hace oír sus "sambas" más lindos. Su voz pasea dolientemente por el ámbito, y de allá, del otro lado, una voz femenina responde con otra melodía:

"Mulher de malandro
Sabe ser carinhosa,
De verdade.
Quanto mais apanha
Mais a elle tem amisade'
Longe delle
Tem saudade!"

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*









TARTARIN DE TARASCON









EN LA PAZ DE LOS CAMPOS









SUEÑO INTERRUMPIDO









En Otro País

EN el otoño la guerra estaba siempre ahí, pero nosotros ya no íbamos. Hacía frío en el otoño en Milán y oscurecía temprano. Luego se encendían las luces y era agradable errar por las calles mirando las vidrieras.

Había mucha caza colgada afuera en las tiendas y la nieve polvoreaba la piel de los zorros y el viento soplaba sus colas. Los ciervos pendían tiesos, pesados y vacíos; pájaros chicos se hamacaban en el viento y el viento les doblaba las plumas. Era un otoño frío: el viento bajaba de las montañas. Estábamos todas las tardes en el hospital; había muchos trayectos para llegar, cruzando la oscura ciudad. Dos de los caminos orillaban canales, pero eran largos. De cualquier modo había que atravesar algún puente. Había tres puentes para elegir. En uno había una mujer que vendía castañas asadas; era confortable pararse delante de su fuego de carbón, y las castañas calentaban después el bolsillo. El hospital era muy viejo y hermoso. Uno entraba por una puerta de reja y atravesaba un patio y luego, otra reja. Siempre había funerales que salían de aquel patio. Detrás del viejo edificio estaban los nuevos pabellones de ladrillo, y ahí nos reuníamos cada tarde y éramos muy corteses, y nos sentábamos en los aparatos que iban a hacernos tanto bien.

El doctor se acercó al que yo ocupaba y me preguntó:

—¿Cuál era su afición antes de la guerra? ¿Algún deporte?

—Sí, football, le respondí.

—Bueno, pues jugará usted al football de nuevo y mejor que nunca, me dijo.

Mi aparato era como un triciclo para flexionar mi rodilla; pero ésta no se plegaba y el pedal insistía sin resultado. El doctor decía:

—Esto pasará. Usted es un muchacho de suerte. Va a jugar de nuevo como un campeón.

A mi lado se sentaba un Mayor que tenía una mano consumida, como la de una criatura. Me guiñaba un ojo cuando el doctor le examinaba la mano (entre dos cintas de cuero que subían y bajaban haciendo articular sus dedos duros) y preguntaba:

—¿Jugaré yo también al football, capitán? Había sido el mejor esgrimista de Italia, antes de la guerra.

El doctor le traía de su escritorio una fotografía que mostraba una mano en idénticas condiciones, y otra, apenas más grande, después de emplear el aparato.

El Mayor tomaba la fotografía con la mano sana y la escudriñaba.

—¿Un herido?, preguntaba.

—Un accidente de trabajo.

—¡Muy interesante, muy interesante!, repetía, y luego la devolvía.

—¿Tiene usted confianza?

—No.

Había tres muchachos más o menos de mi edad que venían todos los días. Los tres eran de Milán. Uno de ellos debió ser abogado, el otro pintor, y el tercero, quería ser soldado. A veces, cuando salíamos del hospital, caminábamos juntos hasta el Café Cova ,que estaba al lado de la Scala. Como éramos cuatro, atravesábamos el barrio comunista, que era el camino más corto. La gente nos odiaba porque éramos oficiales y desde una cantina alguno gritaba: "¡A basso gli ufficiali!"

Otro muchacho, que solía venir con nosotros, llevaba un pañuelo de seda negro atado sobre la cara porque no tenía nariz, e iban a reconstruirle la cara. Había dejado la Academia Militar para irse al frente y lo habían herido al cabo de una hora. Le reconstruyeron la cara, pero descendía de una antigua familia, y nunca pudieron hacerle la misma nariz.

Todos teníamos las mismas medallas, salvo el muchacho, que no había estado lo suficiente en el frente para obtenerla. El alto, de la cara pálida, el que debió ser abogado, había sido lugarteniente de Arditti y tenía tres medallas como las nuestras. Había vivido mucho tiempo junto a la muerte, y era un poco indiferente. Todos éramos un poco indiferentes y no había nada que nos ligara, salvo el encontrarnos todas las tardes en el hospital.

Cuando cruzábamos juntos los suburbios, con luces y canciones que salían de las cantinas, y a veces teníamos que bajar a la calle, porque los hombres y mujeres se apiñaban en la vereda, de suerte que hubiera sido necesario empujarlos para obtener paso: nos sentíamos ligados por algo que había sucedido y que ellos, nuestros enemigos, no podían comprender.

Nosotros comprendíamos la Cova, porque era poco iluminado, lujoso, abrigado, bullicioso y ahumado a ciertas horas; además, siempre había muchachas en las mesas, y diarios ilustrados en la papelera.

Las muchachas de la Cova eran muy patriotas. Descubrí que la gente más patriota de Italia eran las mujeres de los cafés; y creo que todavía lo son.

Mis compañeros, al principio eran muy respetuosos con mis medallas ,y me preguntaban qué había hecho para conseguirlas. Yo les mostré los papeles escritos en bellísimo lenguaje y llenos de "Fraternidad y Abnegación", pero que en realidad decían, retirados los adjetivos, que me habían sido otorgadas las medallas porque era americano.



Después variaron para conmigo, aunque siempre era su compañero contra los de afuera. Con ellos se había obrado de otro modo y lo que ellos habían hecho para merecer las medallas era distinto. Yo había sido herido, por cierto; pero ya se sabía que el el ser herido ,era un accidente más bien.

Nunca me avergonzaba de haber sido condecorado, aunque a veces, después de la hora del cocktail, me imaginaba un héroe como ellos; pero volviendo a casa de noche, con frío, a la deriva, entre las calles desiertas y las tiendas cerradas, tratando de acercarme a los faroles, sabía que nunca había hecho semejantes cosas; temía mucho a la muerte y a veces de noche me quedaba en cama de miedo, preguntándome cómo reaccionaría cuando volviera al frente.

El Mayor que había sido un gran esgrimista, no creía en "heroísmos" y pasaba gran parte de su tiempo en el aparato, corrigiendo mi gramática. Me había ponderado lo bien que hablaba el italiano y conversábamos juntos sin dificultad. Un día dije que el Italiano me parecía un idioma tan fácil, que no podía dedicarle mayor interés: ¡todo era tan simple de decir!

—¡Ah, sí! — respondió el Mayor —. ¿Porqué no estudia gramática, entonces?

Tomé la gramática y pronto el Italiano fué para mí tan difícil que no me animaba a hablarlo hasta conocerlo a fondo.

El Mayor era constante en su asistencia, aunque estoy seguro que no creía en la eficacia del tratamiento. Siempre hubo un momento de duda y un día el Mayor dijo que todo era una tontería. Los aparatos eran nuevos y nosotros servíamos para ensayarlos.

—Es una idea estúpida, una teoría como cualquiera, agregó

Yo no había estudiado gramática y él decía que yo era un imbécil. "Qué loco había sido, molestándose por mí".

Era de corta estatura, y se sentaba firme en su silla con la mano escondida, la mirada siempre en alto, mientras las cintas de cuero articulaban sus dedos duros.

—¿Qué hará usted cuando la guerra termine, si es que termina? — me preguntó una vez. ¡Hable gramaticalmente!

—Me iré a Estados Unidos.

—¿Es usted casado?

—No, pero espero serlo.

—¡Vaya qué loco!, dijo (parecía muy enojado). Nadie debe casarse.

—¿Porqué, señor Mayor?

—No me llame señor Mayor.

—¿Porqué no debe nadie casarse?

—¡No puede casarse, no puede casarse! — decía enojado —. Si está destinado a perderlo todo, no debe exponerse él mismo. ¡No! Deberá buscar lo que no se pierde. (Hablaba con la cabeza erguida y visiblemente contrariado).

—Pero, ¿porqué es preciso que lo pierda todo?

—Lo perderá — decía, mirando la pared —. Luego volviéndose hacia el aparato, sacudió su pequeña mano, y la golpeó duramente contra su pierna.

—Lo perderá — repetía casi gritando — ¡no me discuta! Y luego llamó al asistente. Venga y dé vuelta este endemoniado aparato!

Volvió a la pieza contigua para el tratamiento de rayos y masajes. (Oí que pedía permiso al doctor para usar su teléfono), y luego cerró la puerta.

Cuando regresó, llevaba la capa y el kepí; se dirigió directamente a mí y poniendo su brazo en mi hombro, me dijo, golpeándome con su mano sana:

—Lo siento, mi mujer acaba de morir. Debe usted disculparme.

—¡Oh! ,dije lamentándome por él, ¡cuánto lo siento!

Se mantuvo firme, mordiendo su labio inferior.

—Es tan difícil, dijo. No puedo resignarme.

Miraba a lo lejos; más allá de la ventana. Luego empezó a llorar.

—Me siento completamente incapaz de resignarme — decía (y la voz se le ahogaba).

Entonces llorando, la cabeza en alto, mirando sin ver, con lágrimas en las dos mejillas, cruzó militarmente la pieza, frente a los aparatos, y salió.

El doctor me contó que la mujer del Mayor, que era mucho más joven y con quien se había casado siendo ya definitivamente inválido a consecuencia de la guerra, había muerto de neumonia. Su enfermedad sólo había durado algunos días. Nadie pensó que moriría.

El Mayor estuvo tres días ausente del hospital; luego volvió a la hora de costumbre, con un brazal en la manga del uniforme. A su regreso, había en la pared varias fotografías de heridos, de todas clases, antes y después del tratamiento. Frente a él se hallaban tres fotografías de manos como la suya, completamente reformadas.

Ignoro dónde las habrían conseguido; siempre creí que éramos los primeros en usar los aparatos.

Las fotografías no le interesaban mucho al Mayor, que más bien miraba la ventana.

por

ERNEST HEMINGWAY

ILUSTRACION DE PREMIANI

Dos Novelas Sintéticas

TAMBIEN él quiso escapar al laberinto y harto de la literatura y del periodismo prefirió acompañar a un amigo que hacía la pesca de ballenas en los mares del Sur.

Estamos de vuelta. Paramos en un bodegón maloliente.

LA RATA: —Pasen ustedes. Tenemos un reservado. Ese, el primero, "Los Salones de la Pompadour".

EL DUENDE DEL DESIERTO: —Algo se mueve.

JUAN EL PESCADOR: —Aquí se está bien. Afuera hay diez grados bajo cero.

PEDRO EL ARTISTA: —He conocido lugares parecidos en el trópico. ¡Qué raro! Las mismas mujeres, el piano oscuro y grotesco, un breve viento de olores excitantes. Con la diferencia que va del tremendo calor al tremendo frío.

(Desaparecen detrás de la cortina roja).

EL DUENDE DEL DESIERTO: (Hace un guiño y se pierde en la noche misteriosa y dura de Río Gallegos).

EL PROFESOR RECIBIDO EN VIENA: —El análisis ultra-microscópico no engaña. Ha sido usted contagiado.

PEDRO EL ARTISTA: —¿Es posible? ¿No estará equivocado?

EL PROFESOR RECIBIDO EN VIENA: (Señala el diploma que está sobre la mesa): —Me ofende usted.

EL DUENDE DEL LABORATORIO: —Algo se mueve.

EL PROFESOR RECIBIDO EN VIENA: —No se aflija. César Borgia, Napoleón, Lenin y otros locos, padecieron el mismo mal.

La mañana tira un montón de pájaros al sol y las muchachas ríen y los camiones chillan.

EL DUENDE DEL LABORATORIO: (Hace un guiño y desaparece por el pasillo helado, con guantes largos, de goma, como los de la Muerte).

Pedro se dispone a escapar otra vez de aquel laberinto. En aquella ciudad donde nadie lo conocía le fué fácil hallar un empleo en la usina. Al tiempo funcionaron mal los viejos fuelles de sus pulmones. No podía respirar. Sentía algo desgarrado, adentro.

EL DUENDE DE LA USINA: —Algo se mueve.

Pedro retornó a su pueblo.

LOS ANTIGUOS CAMARADAS CORDIALES: —¡Mala suerte!

EL FAMOSO RADIOLOGO: —Las placas indican cavernas en ambos pulmones.

PEDRO EL ARTISTA: —¿Será posible?

EL FAMOSO RADIOLOGO: (Señala el diploma que está sobre la mésa): —Me ofende usted.

EL DUENDE DE LOS RAYOS X: —Algo se mueve.

EL FAMOSO RADIOLOGO: —No se aflija. Muchos grandes personajes han sido atacados por el mismo mal. Grandes poetas, grandes pintores.

La mañana es alegre. Se oyen bocinas de automóviles y lentos pasos de colegiales con carteras y blusas azules.

EL DUENDE DE LOS RAYOS X: (Desaparece por el pasillo helado, con guantes largos, de goma, como los de la Muerte).

Nada de pneumo-tórax. Hay que ir a climas de altura.

★

No se ven bajo el sol, en el aire dorado del pueblo serrano. Pero al anochecer, en los portales, en las plazas (la iglesia está casi destruida, el órgano enfermo), en los bordes del río, viven Los Rosados Amores Tuberculosos.

EL DUENDE DE LA TUBERCULOSIS: —Algo se mueve.

Por la mañana murió Pedro el Artista. Tuvo un nuevo vómito de sangre. Sus compañeros se confundieron. No hubo nada que hacer.

LA DUEÑA DE LA PENSION: —Murió ahogado por la sangre.

UN COMPAÑERO: —Me dejó la victrola.

OTRO COMPAÑERO: — Me regaló los libros.

LOS ROSADOS AMORES TUBERCULOSOS alargan sus sombras sutiles y terribles, en los portales, en las plazas, (la iglesia casi destruida, el órgano enfermo), én los bordes del río, al pie de las sierras.

LAS ALEGRES MUCHACHAS ENFERMAS: —Era buen mozo.

—Era muy joven.

—Era muy educado.

—Escribía versos.

EL DUENDE DE LA MUERTE: —Algo se mueve, sin embargo.







JOSE EL EMIGRANTE: —Cuando haga la América estaré de vuelta.

CARLOS EL EMIGRANTE: —Volveré cuando reuna dinero.

El barco parte. Ellos se van, los otros se quedan y sobre el muelle vuelan algunos pañuelos, cáscaras de fruta, papeles y flores.

—Adiós, adiós.

DIEZ AÑOS DESPUES: José ha progresado. Su pequeño boliche de zapatero, se ha convertido en tres grandes fábricas. Carlos, menos inescrupuloso, menos intrépido, ocupa un puesto de máquina en el primer establecimiento de su amigo. José no puede retornar todavía. Lo ata a la América, el dinero que le sobra. Está ya comprometido, la vertiginosa rueda de la fortuna se opone a su partida. Tiene intereses que cuidar, rentas que aumentar. Carlos tampoco puede volver. La falta de dinero lo ata a la América. Ni puede enviar pasajes para su mujer y su hijo.

EL DUENDE DE LA REBELDIA: —No hay derecho a que tú vivas miserablemente mientras él se rodea de toda clase de comodidades.

LA CHISPA (la que provocará el incendio), salta de la máquina al cerebro del hombre. Carlos se dirige al "Private" del patrón.

JOSE EL PODEROSO: —¿Qué deseas de mí?

CARLOS EL DESGRACIADO: —Deseo que aumentes los jornales, que rebajes las horas de trabajo y que vuelvas a emplear a los cien camaradas que despedistes ayer.

JOSE EL PODEROSO: —No es posible. Pierdo dinero.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Confórmate con ganar menos.

JOSE EL PODEROSO: —Debo volver a mi tierra.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Yo también.

JOSE EL PODEROSO: —No tengo nada que agregar.

EL COMITE DE HUELGA está reunido. Los cascos de los caballos, como roncos tambores anuncian la terminación brusca del mitin. Un sablazo abre la ventana. Tres hombres caen. Un hombre huye.

CARLOS EL DESGRACIADO: —Se ha hecho tarde. Hemos perdido la batalla y me han abierto la cabeza.

EL DUENDE DE LA REBELDIA: —No hay derecho a que tú tengas la cazeba abierta, mientras él observa desde el balcón cómo disuelven a tus camaradas.

LA CHISPA (la que provocará el incendio), salta de la máquina, movida por los esquiroles, al cerebro del hombre.

★

Caminemos por las calles y por las plazas. Refugiémonos en el campamento de desocupados hasta que nos echan de allí. Todos los días son iguales y el hambre ya casi se soporta. Un día, acerquémonos a la cantina de un compatriota. Allí nos ofrecerán comida y nos darán consejos. Entonces aceptaremos el primer trabajo. Aceptaremos el segundo trabajo, y, al cabo de un tiempo, nos harán jefes de la pandilla. Es muy fácil.

★

CARLOS EL BANDIDO: Valgo tanto como José el Poderoso. Tengo dinero y poder. Pero a él lo protegen las leyes, aunque en su fábrica trabajen niños de ocho años y aunque se las arregle para no pagar demasiados impuestos y ninguna multa. Yo estoy al márgen de la ley, y tengo una deuda que saldar, antes de volver a mi país.

CORO DE BANDIDOS: —Tenemos una deuda que saldar.

EL DUENDE DE LA VENGANZA: —Puedes ir. Está solo.

★

Marcha con las manos atadas a la espalda. Lo sientan en un banquillo y quieren vendarle los ojos, pero él se resiste. Un sacerdote se acerca pero él lo rechaza. El piquete está formado. El oficial va a dar la orden.

CARLOS EL CONDENADO: —Ninguno de los dos regresaremos.

EL OFICIAL: —¿Tiene algo que decir?

CARLOS EL CONDENADO: —Si. Que ninguno de los dos regresaremos.

RAUL GONZALEZ TUÑON

ILUSTRACION DE SORAZABAL

La Muerta que Escuchó la Queja de la Hermana Enamorada

★

por

Marcel Schwob

★

ILUSTRACION DE Parpagnoli

SEPTIMIA fué esclava bajo el sol africano, en la ciudad de Hadrumeto. Y su madre Amoena fué esclava, y la madre de ésta fué esclava, y todas fueron bellas y oscuras, y los dioses infernales les revelaron los filtros del amor y de la muerte.

La ciudad de Hadrumeto era blanca y las piedras de la casa donde vivía Septimia era de un rosa tembloroso. Y la arena estaba sembrada de conchillas que el mar tibio arrastra desde la costa de Egipto, en el sitio donde las siete bocas del Nilo expanden siete vasos de colores distintos.

En la casa marítima donde vivía Septimia, se sentía morir la franja de plata del Mediterráneo, y a sus pies un abanico de brillantes líneas azules se desplegaba hasta el ras del cielo. Las palmas de las manos de Septimia estaban enrojecidas de oro, y la extremidad de sus dedos pintada; sus labios gustaban a mirra y sus pupilas untuosas se estremecían dulcemente. Así marchaba sobre el camino de los arsabales.

Septimia se enamoró de un joven libre, Sextilius, hijo de Dionisia. Pero no es permitido el amar a aquéllas que conocen los misterios subterráneos: porque ellas están sometidas al adversario del amor, que se llama Anteros. Y así como Eros dirige el resplandor de los ojos y aguadiza la punta de las flechas, Anteros tuerce las miradas y espesa la acritud de las facciones. Es un dios bienhechor que habita en medio de los muertos. No es cruel, como Eros. Posee el filtro que otorga el olvido. Sin embargo, es impotente para arrojar a Eros de un corazón ocupado. Entonces aprisiona el otro corazón. Así Anteros lucha contra Eros. He aquí porqué Sextilius no podía amar a Septimia.

Septimia conocía la potencia de Anteros en los ojos bajos de Sextilius. Y cuado el temblor purpúreo aprisionó el aire del atardecer, salió sobre el camino que va de Hadrumeto hasta el mar. Es este un camino apacible, donde los enamorados beben vino, apoyados contra las corteses murallas de las tumbas. La brisa oriental sopla sobre la necrópolis. La luna nueva, aun velada, comienza a errar, vacilante. Muchos muertos embalsamados rodean a Hadrumeto con sus sepulturas. Y allí dormía Fenicia, hermana de Septimia, esclava como ella, que murió a los dieciséis años, antes que ningún hombre hubiera aspirado su olor. La tumba de Felicia era estrecha como su cuerpo. Muy cerca de su frente una gran losa detenía su mirada vacía. De sus labios ennegrecidos salía aún el perfume de los aromas en que la habían empapado. Sobre su mano sabia brillaba un anillo de oro verde incrustado con dos rubíes pálidos y conturbadores. Soñaba, con su sueño estéril, eternamente, en las cosas que no había conocido.

Bajo el blancor virgen de la luna nueva, Septimia se extendió cerca de la tumba estrecha de su hermana, contra la buena tierra. Lloró. Y aproximó su boca al conducto por donde se vierten las libaciones, y su pasión se exhaló:

"Hermanita mia — dijo — aléjate de tu sueño para escucharme. La pequeña lámpara que ilumina las primeras horas de los muertos se ha extinguido. Has dejado deslizar de tus dedos la ampolla de vidrio colorado que te habíamos dado. El hilo de tu collar se ha roto y las cuentas de oro están esparcidas alrededor de tu cuello. Nada queda de tí. Escúchame, porque tú tienes el poder de trasmitir mis palabras. Vete hacia la celda que conoces y suplica a Anteros. Suplica a la diosa Hathor. Suplica a aquel cuyo cadáver despedazado fué llevado por el mar, en un cofre, hasta Babilonia. Hermana mia, ten piedad de un dolor desconocido. Haz que Sextilius, hijo de Dionisia, se consuma de amor por mí, Septimia, hija de nuestra madre Amoena. O llévanos a los dos a la mansión de las tinieblas. Ruega a Anteros que enfríe nuestros alientos, si rehusa el que Eros los haga arder. Muerta perfumada, acoge la libación de mi voz! *Achrammachalala!*"

En seguida la virgen embalsamada se levantó y penetró bajo la tierra, los dientes descubiertos. Y Septimia, avergozada, corrió en medio de los sarcófagos. Hasta la segunda noche permaneció en compañía de los muertos. Espió la luna fugitiva. Ofreció su garganta a la mordedura del viento marino. Fué acariciada por los primeros resplandores del día. Después volvió a Hadrumeto, y su larga túnica azul flotaba a sus espaldas.

Mientras tanto Fenicia, rígida, erraba por los circuitos infernales. No pudo encontrar a Anteros, porque su corazón ignoraba el deseo. Pero en su corazón marchito experimentó la piedad que los muertos sienten por los vivos. Entonces la tercera noche, a la hora en que los cadáveres se libertan para cumpliz los encantamientos, hizo mover sus pies ligados por las calles de Hadrumeto. Sextilius se extremecía regularmente por los suspiros del sueño, el rostro dado vuelta hacia el techo de su cuarto

Y Fenicia muerta, cubierta de vendajes perfumados, se sentó cerca suyo. Y ella no tenía ni cerebro, ni vísceras: pero su corazón disecado se le había vuelto a colocar en el pecho. Y en ese momento Eros luchó con Anteros, y Eros se apoderó del cuerpo embalsamado de Fenicia. En seguida deseó el cuerpo de Sextilius, a fin de que estuviera acostado entre ella y su hermana Septimia, en la mansión de las tinieblas.

Fenicia puso sus labios marchitos sobre la boca de Sextilius, y la vida se escapo de él. Después se fué a la celda de la esclava Septimia, y la tomó de la mano. Y Septimia, dormida, cedió la mano de su hermana. Y el beso y el abrazo de Fenicia hicieron morir, casi a la misma hora de la noche, a Septimia y a Sextilius. Tal fué el epílogo fúnebre de la lucha de Eros contra Anteros; y las potencias infernales recibieron a la vez una esclava y un hombre libre.

Sextilius está acostado en la necrópolis de Hadrumeto, entre la maga Septimia y su hermana, la virgen Fenicia. El texto del encantamiento está inscripto sobre la placa de plomo, enrollado y atravesado por un clavo, que la maga deslizó en el conducto de las libaciones de la tumba de su hermana.

LIBROS RECIBIDOS

★

CAROLINA ALIOI — "El Genio" — (Teatro - 5 actos breves) —Buenos Aires, 1933.

MARI YAN — "El Abrazo de la Tierra" (Novela). Santiago de Chile 1933.

LEONIDAS BARLETTA — "La Vida". Colección "Cometa", de la Editorial Tor. (Cuentos).

ARTURO CERRETANI — "La Muerte del Hijo" (Novela). Editorial Tor. Colección "Cometa".

FEDERICO ORCAJO ACUÑA — "Pan-América?". (Política Internacional). Ediciones "Albatros". Montevideo 1933.

ANGELO PATRI — "Hacia la Escuela del Porvenir". (Prosa). Editorial Claridad.

ENCAR CATALA — "Leyendas para niños". (Prosa). Editorial Claridad.

C. KAUSTKY — "El Camino del Poder". Eedición económica. Editorial Claridad.

JOHN LOCKE — "Tratado del Gobierno Civil". Edición económica. Claridad

Museo de la Confusión

por

Anímula Vágula

ILUSTRACION DE RODRIGUEZ

★

POCOS son los escritores del Cerro que no han sido favorecidos con con algún premio de impresión por el Ministerio de Instrucción Pública, en la balnearia ciudad de Montevideo. Entre los premiados no podía faltar el libro de Ramón M. Díaz: "Proa de estrellas".

Este marino de la nueva sensibilidad aporta datos de verdadero valer para próximos navegantes solitarios.

En los "Poemas del marino en el retorno", leo:

Dos puntos en el mar,
Y para unirlos,
Extenderé la cinta más suntuosa
Que llevo con mi brújula
[interior.

Como se ve, el señor Díaz ha simplificado completamente los inconvenientes de la navegación. Ya resultan superfluos el radiogoniómetro, los compases, el azimut y el libro de bitácoras. Todo consiste en estirar lo más que se pueda las cintas de los zapatos y evitar el uso externo de la brújula, la cual se ha convertido en la actualidad en un apreciado comestible.

En otro poema, "La ansiedad florecida", expresa:

Una dama de olas con
[pedazos de sol,
Encendió en hondas y en
[azules raices
Mi ancestral ansiedad
De zorzal americano...
Por eso cuando el alba
Rompía en el Oriente las
[venas de la aurora
Aresté la flecha de cazar
[imposibles. etc.

Al parecer, el autor de "Proa de Estrellas" también piensa revolucionar con sus teorías el concepto que sobre la caza y la pesca abrigábamos hasta la fecha. Antes una persona se armaba de una escopeta, una honda, un máuser, un boomerang y salía a cazar zorzales americanos. Ahora, según parece, el zorzal americano es el que sale de caza; toma su Tanglefoot, su red, su arco y su flecha y su trampera cazadora. Menos mal que todos estos implementos son para cazar imposibles, sino estábamos arreglados. En el mismo poema, más adelante, dice:

Desde entonces marcho
Sin mirar lo pasado;
Atento a la estela, etc.

Sí, desde entonces no mira lo pasado, pero vigila atentamente los talones de sus zapatos, relee regocijado su prontuario, se alimenta con huevos pasados por agua y dedica todo su tiempo a la arqueología y al árbol genealógico.

★

En un suplementario primer magazine argentino correspondiente al 6 de diciembre, me llamó la atención el interesante suelto titulado El delator en desgracia. Decía así:

No es preciso, claro está, que expresemos la repugnancia que nos inspira el delator. El anotado es un sentimiento, por otra parte, común al pueblo argentino, cuya idiosincrasia, de franqueza, nobleza y lealtad por encima de todo, repudia la delación.

No creo que el pueblo argentino repudie la delación y sienta tanta repugnancia por los batidores y chimenteros. ¿Porqué entonces nuestras calles, plazas y avenidas se encuentran plagadas de estatuas, fechas y cartelitos alusivos a San Lorenzo, San Martín y Batista Cabral, soldado heroico? ¿No fueron acaso unos simples batidores puestos en evidencia por la propia confesión del sargenteado que antes de inmortalizarse declaró a la prensa: "Muero contento, hemos batido al enemigo"? ¿Y el batimento en la estrada y el batir el justo y la ilustrativa letra de aquel tango que dice: "Perdoname si Scarlatto, a mí todo me batió, vos fuiste en Balvanera de gallos el cuidador, etc., nada le expresan al inspirado comentarista sobre el verdadero sentimiento del pueblo argentino? El suelto continúa así:

El delator ha atacado hace poco, de manera indignante e impropia, sobre todo en personas del mismo gremio, a uno de los más eminentes colaboradores de esta revista, cuya versación y cultura honran a las páginas donde publica sus artículos. Pero, al hacerlo, se ha herido con sus propias armas, cosa que ocurre con harta frecuencia a los delatores.

Ignoro quién será el eminente escritor a que se refiere el chimentero, pero se trate de quien sea, yo le recomendaría utilizara su versación y cultura en experimentos más adecuados que honrar a un papiro, enaltecer tanglefoot, darle esplendor al papel de lija, glorificar a Waldorf o renombrar a Armenia y las serpentinas. Sobre la afirmación del narrante o del ranante, que los delatores se hieren con harta frecuencia con sus propias armas, me limitaré a decirle que está completamente equivocado, pues los personajes que menciona son pacifistas por naturaleza y gozan además de la protección y custodia de la policía y las leyes en todo el territorio de la República, resultándoles por lo tanto innecesario el uso de cachiporras y yataganes, cimitarras y catapultas. Para terminar, diré que me extraña que perteneciendo el cronista al mismo gremio, ignore las ventajas y derechos que le corresponden, de lo cual se dará cuenta al abandonar la categoría de bisoño y principiante que lo caracteriza.

★

En un mitro-organismo nacionalista, doctrinario y tribunario del viernes 15 de diciembre, descubrí una viñeta urbana que ostentaba el almanaquísimo título De ayer a hoy. El señor Lino Latorre es el encargado de esta rememoración de veinticuatro horas. Expresa:

"Cierto que las calles eran entonces en su mayor parte empedradas, las construcciones de no más de dos o tres pisos, la iluminación a gas o alcohol carburado; pero la vida era sencilla y sobre todo económica. Por poco dinero podía uno darse el gusto en cien, detalles que hoy sólo pueden permitirse los hijos de los ricos.

Las noches de verano, mientras los padres — en mangas de camisa y en batón de percal — tomaban el fresco en los balcones o sacaban las mecedoras de mimbre a la acera, los chicos solían reunirse a jugar a la rayuela, a las esquinitas o al gallo ciego; y como la agitación de la carrera los ponía sudorosos y sedientos, a eso de las diez ya se sabía: a todos les entraba la gana de refrescar...

Los tiempos han cambiado una enormidad desde la niñez de Lino hasta la ñoñez de Latorre. Ya se acabaron los pesaos, patoteros y mentaos baratísimos en otras épocas. En la actualidad apenas si algún reo descangallado tiene su facción en Callao y Arroyo, Florida y Córdoba o las costosas esquinas de la Avenida Alvear y se aburre observando el ir y venir de mecedoras de mimbre escoltadas por adinerados personajes, las mangas de batón y camisa de percal que entran y salen de los palacios y mansiones aristocráticas, mientras los hijos de los ricos dilapidan la fortuna jugando al gallo ciego y a las esquinitas. Ahora hasta los juegos han cambiado. ¿Quién no recuerda aquellas tenidas de rayuela que se jugaban a la carrera y aquellos terribles gallos ciegos en que el vendado se rompía la cabeza contra los buzones, árboles y demás obstáculos por hacer gala de una excesiva velocidad y pretender batir el record que detentaban Lino Latorre y Carlos Guido Spano? Como para que no nos entraran las ganas de refrescar... El anticuario continúa:

Porque precisamente a esa hora — y también a la siesta y a media tarde — se oía próximo y promisorio, el cornetín del vendedor de helados.

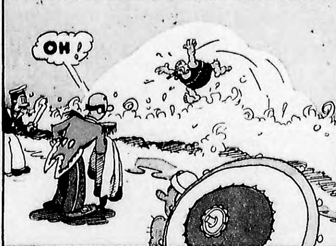
Traía un carrito enchapado de lata con dos anillos en que se engastaban los tarros repletos de suculenta y cuajada crema amarilla y rosada. Y entre dos obleas de barquillo o en un cucurucho de la misma pasta, le daban a uno a cambio de una moneda de cobre, de un diminuto níquel, un helado sabroso, que era preciso devorar de prisa porque se derretía con gran facilidad.

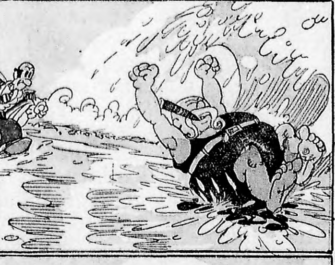
En la época presente los carritos han cambiado por completo sus características. Ahora están enchapados en platino y los dos anillos en que se engastan los tarros repletos de crema llevan en al actualidad costosos adornos y lucen reverberantes piedras preciosas. Ya no se aceptan pequeños níqueles a cambio de cucuruchos Laponia u obleas Noel. En la actualidad se hace necesario solicitar la ayuda de personas especiales para el transporte de los grandes níqueles, casi del tamaño de un disco de fonógrafo, para abonar el precio de una crema vainilla o de una casatta. Claro que para ingerir cualquiera de estos alimentos se hace necesario introducirlos en el horno a una fuerte temperatura para que adquieran cierta blandura y abandonen la solidez eterna que los condensa.















Dios Vino Corriendo



En alegre retorno a su casa, con un inesperado regalo de una moneda de dos chelines bien segura en el puño cerrado, el muchacho, en medio de su dicha, sintió un repentino y abrumador arranque de piedad por el viejo ciego que murmuraba en humilde actitud, de pie en los peldaños de la capilla, y con una extraña conmoción, dejó caer la moneda en la palma abierta, dura y sucia, viendo los cortos dedos que palparon sus bordes y se cerraron firmes sobre ella, como si la moneda hubiera sido la cabeza de un clavo hundido muy hondo.

En seguida un rezongo mecánico de agradecimiento salió de la boca, entre unos harapos de barba: "gràcias de todo corazón, bondadoso amigo. No puedo verlo a Ud. pero el Señor puede, y recordará por mí. Dios lo bendiga por sus buenos sentimientos..."

El muchacho no dijo nada. Las palabras eran frías y sin sentido, no lo que había esperado. Ya se arrepentía de su impulso. Tontamente había arrojado el precio de algunas satisfacciones. Consternado, tuvo tentaciones de arrancarle la moneda y correr, de dar débiles excusas, alegar que todo fué un error, que había creído que era solo un penique. Pero un policía que pasaba lo miró con atención, sospechando alguna mala broma, y él mismo sabía de cierto que el ciego no cedería de buena gana su tesoro.

Mientras vacilaba miserablemente, los borrosos ojos azules del ciego se agitaron, perdieron su vacía fijeza y parpadearon con rabiosa astucia por un instante. Anonadado y con miedo, el chico siguió sin gana por la calle, pues ahora sabía con seguridad que había sido engañado, que el hombre no era ciego.

Por unos minutos vagó, con los puños apretados, concibiendo terribles cástigos, cavilando cómo vengarse. Incapaz de olvidar su pérdida cruzó la estrecha y atareada calle, acechando con cuidado hacia atrás, refugiándose en un zaguán sombrío desde donde dominaba la puerta de la capilla, confuso y avergonzado, pero decidido a probar el fraude por sí mismo. Por largo rato miró con toda su fijeza, murmurando con rabia cada vez que un vehículo pasaba lento entre los dos, y le parecía que su ropa ya chica para su crecimiento, se le achicaba más y más.

Débilmente empezaba ya el chico a pensar que podía haberse equivocado, pero cuando su duda era más fuerte, un reloj dió las seis y la cabeza del hombre giró despacio hacia el despacho de bebidas a una cuadra de distancia, y el muchacho saltó con una nueva seguridad, recordando la rápida ojeada, la expresión alcoholista de sus ojos y la fea boca expectante.

No sería capaz de resistir la atracción del mostrador mucho tiempo, y menos con tanto dinero en el bolsillo.

Iracundo imaginó el muchacho que la moneda de dos chelines estaba hundida en el sucio bolsillo, con su poder adquisitivo perdido, y sólo miseria en perspectiva. Recordaba las circunstancias del regalo, cómo había reído él de dicha, cómo la moneda misma parecía brillante y cálida con una vida propia, contenta con la acogida entusiasta de él.

Con orgullo la había llevado durante el día, planeando gastarla alegremente pero con economía, aprovechando el entero valor de cada penique. Su salario no fué nunca mayor de diez chelines por semana, y todo se necesitaba para su juiciosa y paciente madre que le daba alimento y ropa, ahora que ya no tenía padre. A veces podía encontrar ella algún medio chelín extra para él, pero le era imposible gastarlo con alegría, recordando el triste trabajo de ganarlo.

Pero estos últimos chelines habían sido otra cosa, una inesperada maravilla. Ahora, se preguntaba cómo pudo perderlos así, dejándose llevar por una cálida oleada de sangre generosa, que le hizo parecer bello y necesario su gesto caritativo. Gesto ingenuo y lamentable, pues ni siquiera ayudaba a un buen hombre, sino a ese Carlitos Poke, que no era ciego ni necesitado; aunque esto no iba a ser fácil probarlo, por seguro de ello que se sintiera el muchacho. ¿Dónde estaba Dios que permitía esa vil trampa?

Como avergonzado también, el cielo se había oscurecido hasta ser de noche, con manchas y redes de luz; pero se había hecho difícil observar ya, pues los peldaños de la capilla estaban casi en sombra. Sin darse cuenta en apariencia, de luz ni de sombra, Carlitos Poke seguía de pie con aire de mártir, murmurando su cantinela, siempre la misma, que tomaba inflexiones de angustia ansiosa en momentos demasiado oportunos, como cuando pasaba un sacerdote o una dama de porte devoto y obvia riqueza: ..."y Dios vino corriendo a aliviar la ceguera de ellos, pero yo no estaba. Estoy solo en la oscuridad y debo soportar hasta que vuelva. Dios hizo la luz, pero yo no la conozco. Alabado sea el Señor"...

Esta hábil charla hacía dar gracias a Dios por sus dones, a mucha gente que alcanzaba monedas a la palma pronta, sobre todo mujeres y hombres de edad, éstos en menor número. Pero el muchacho no se impresionaba: sabía más que ellos, sabía que las frecuentes miradas hacia el bar no eran accidentales.

Por más de una hora acechó con toda atención, forjando furiosamente toda clase de planes para detener ese juego de una vez. Por ejemplo, reventar cohe-



tes en su cara astuta y roja, o darle un baño repentino, podrían ser la treta que lo irritaran hasta el punto de ponerse en persecución abierta, aunque la posibilidad era quizá remota, y el hecho sería más bien ocasión de captarle más amplia simpatía. El muchacho temblaba por su propia suerte, si su plan abortara, y cavilaba si una tranquila amenaza de descubrirlo lo forzaría a restituir la moneda. Pero recordando la dura y maligna mirada, sabía que blandas palabras serían inútiles. O lo podría sorprender mientras caminaba, quizás. Habría que tener cuidado del grueso bastón, si su mal genio correspondía a su mirada. Pero el hombre era de una pieza y no sería fácil atraparlo.

Cuando al fín inició vacilante su movimiento, el muchacho se entró más en el zaguán y observó temeroso como el hombre, empuñando el bastón con más fuerza, golpeaba su camino con él, cabeza erguida bajo su galerita y ojos vacuos y fijos. En nombre de Dios pidió ayuda para cruzar la calle, e inmediatamente se le abrió una senda, siguiéndole un murmullo de compasión. Una vez que cruzó y en seguridad, pasó al lado del muchacho, cantando en alta voz arrastrando los pies y tirando golpes a diestra y siniestra con su bastón, para apartar de su camino los chicos, que jugando podían estorbarle. El muchacho lo seguía de cerca, bien atento parándose con el impostor en las esquinas, divirtiéndose en ver cómo la gente saltaba a prudente distancia del pesado bastón, que no cesaba en su balanceo amenazador.

Por todas partes lo recibía y acompañaba la simpatía y premura de todos, y hasta los pilletes lo observaban con silencio intrigado y respetuoso, y uno de ellos que intentó gritarle algo a su espalda, fué impedido con energía.

Así fueron, casi juntos los dos hasta doblar por una calle estrecha y mal oliente, con carros de vendedores ambulantes a los lados, de sendas luces de acetileno y kerosene. Algunos vendedores saludaron a Poke en estilo humorístico, y él contestó con inmensa voz, llena de temor de Dios, aceptando un regalo de pescado frito frío de una rubicunda y pintoresca mujer que cuidaba su puesto de ventas como un altar. Pasando por una cervecería husmeó y vaciló, parpadeando un poco, ojos y mente inquietos por el vaho de malta, y luego tropezó con prudencia entrando en una quieta callejuela de sucios depósitos, golpeando y contando mecánicamente, y dobló de repente a un patio de caballeriza, sin portón y oscuro, empujando su camino entre pilas de cajones hasta una escalera de mano que llegaba a un altillo. Por ahí trepó gruñendo, deteniéndose en la cima un instante para escuchar y mirar en la oscuridad abajo, antes de empujar la puerta. Con calma entró al altillo, cerrando la puerta de un golpe tras él.

Desconcertado el muchacho se ocultó tras las pilas de cajones en el patio, imaginando una cueva de ladrones con Carlitos Poke como jefe. Nada se podía hacer. Todo era tan explicable naturalmente, pero él sabía que el hombre era un impostor. Acechaba al altillo para ver alguna luz, pero no aparecía. Un ciego no necesita luz. Si estaba allá en su cuarto sin una luz, es que era ciego. Era fácil convencerse. Con el mayor cuidado se puso a trepar por la escalera, temiendo que el hombre saliera de repente y lo echase abajo. Pero alcanzó la cima al fín, y se puso a escuchar en la puerta, sin oír al principio más que los latidos en su pecho. Luego, como música que empieza, oyó el sonido de monedas y un murmullo grave. ¡Luz!... Tenía que haber luz! Febrilmente buscó una grieta en las viejas tablas torcidas y rajadas, hallando pronto el agujero de un nudo en la madera, a la altura del pecho. Pero parecía solo haber noche dentro.

Sospechando aún hurgó con un lápiz hasta que milagrosamente se vislumbró una claridad mínima, pues el lápiz había levantado algo la vieja lona tendida alrededor del altillo. Torpemente, porque eran tan chico el agujero y el piso de que disponía tan estrecho, el muchacho tentó y espió sin poder ver nada. Sin embargo, con más sondeos y un cambio de ángulo, se mostró una vela puesta en un balde dado vuelta, y algunos rasgos de la pesada cabeza de Poke, siempre con su galerita. El muchacho engullía con su mirada incompleta los ojos del zorro, no ya fijos, sino apreciando unas monedas desparramadas sobre un cajón, especialmente la moneda de dos chelines: ¡Ahora no había engaño! ¡Cómo salaba el pescado frito y lo chupaba! ¡Cómo agotaba whisky de una botellita! Luego de lamerse los labios con calma, tomó la moneda del muchacho, se envolvió la bufanda en su gordo cuello, y se dió vuelta, levantándose seguro sería para empuñar de nuevo el grueso bastón.

Lleno de pánico el muchacho se zambulló en la escalera, pataleando en los escalones con toda la prudencia que le podía quedar, temblando de miedo y de furor, no pensando más que en esconderse, mientras la escalera se sacudía bajo su peso. Al fin seguro en el suelo, se le ocurrió una brillante idea. Apuradamente se metió a lidiar con la escalera, y consiguió deslizarla a un metro de su primera posición.

Casi en seguida la puerta del altillo se abrió chirriando y Carlitos Poke emergió, golpeando la puerta tras él, volviéndose confiadamente para bajar, pues conocería de memoria cada travesaño, y ansioso por irse a otros asuntos. Un gran estertor asombrado, y cayó como un murciélago herido.

El muchacho esperó escondido, pero no oyó nada. Ya alarmado, aunque con cierta alegría por su triunfo, se arrastró hasta el montón confuso, tanteó hasta encontrar su moneda de dos chelines y se la echó al bolsillo con pleno júbilio. Con la posesión de la moneda mágica le volvió la confianza y, rápidamente puso en posición la escalera, serpeó fuera del patio, canturreando para sí: "¡Dios vino corriendo! ¡Dios vino corriendo!" Y echando a correr él mismo en cuanto tomó otra calle, deteniéndose solo para lustrar su moneda, para que gustara más a la que lo esperaba con paciencia: su madre.

por
H. A. Manhood
Ilustración de Parpagnoli

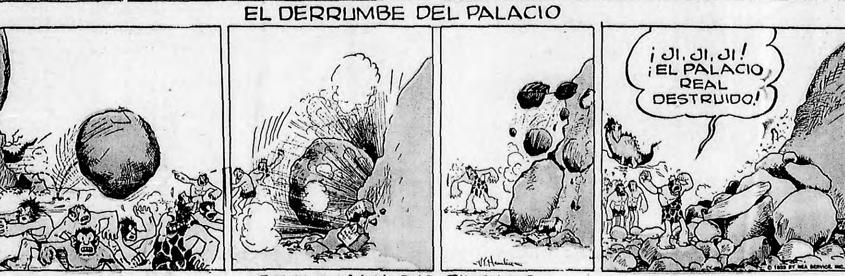
Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim

YO NO SÉ QUIÉN INVENTÓ LOS BICHOS COLORADOS.
¿QUIERES QUE TE RECITE UN SONETO CON ESTRAMBOTE?
NO HAY QUIEN LO MUEVA. QUERRÁ RUEDITAS.
AHÍ TIENEN USTEDES EN LO QUE VAN A PARAR LOS MALEVITOS.

ATADO Y DESOLADO



EL DERRUMBE DEL PALACIO



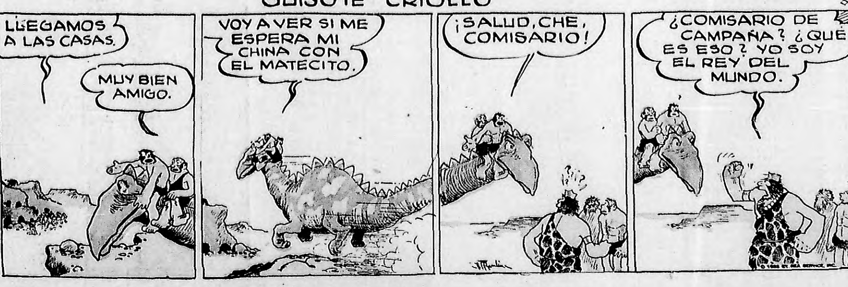
RECLAMAN SUS PILCHAS



CASCADA EN PUERTA



GUISOTE CRIOLLO



Dios Vino Corriendo



En alegre retorno a su casa, con un inesperado regalo de una moneda de dos chelines bien segura en el puño cerrado, el muchacho, en medio de su dicha, sintió un repentino y abrumador arranque de piedad por el viejo ciego que murmuraba en humilde *actitud, de pie en los peldaños* de la capilla, y con una extraña conmoción, dejó caer la moneda en la palma abierta, dura y sucia, viendo los cortos dedos que palparon sus bordes y se cerraron firmes sobre ella, como si la moneda hubiera sido la cabeza de un clavo hundido muy hondo.

En seguida un rezongo mecánico de agradecimiento salió de la boca, entre unos harapos de barba: "grácias de todo corazón, bondadoso amigo. No puedo verlo a Ud. pero el Señor puede, y recordará por mí. Dios lo bendiga por sus buenos sentimientos..."

El muchacho no dijo nada. Las palabras eran frías y sin sentido, no lo que había esperado. Ya se arrepentía de su impulso. Tontamente había arrojado el precio de algunas satisfacciones. Consternado, tuvo tentaciones de arrancarle la moneda y correr, de dar débiles excusas, alegar que todo fué un error, que había creído que era solo un penique. Pero un policía que pasaba lo miró con atención, sospechando alguna mala broma, y él mismo sabía de cierto que el ciego no cedería de buena gana su tesoro.

Mientras vacilaba míseramente, los borrosos ojos azules del ciego se agitaron, perdieron su vacía fijeza y parpadearon con rabiosa astucia por un instante. Anonadado y con miedo, el chico siguió sin gana por la calle, pues ahora sabía con seguridad que había sido engañado, que el hombre no era ciego.

Por unos minutos vagó, con los puños apretados, concibiendo terribles castigos, cavilando cómo vengarse. Incapaz de olvidar su pérdida cruzó la estrecha y atareada calle, acechando *con* cuidado hacia atrás, refugiándose en un zaguán sombrío desde donde dominaba la puerta de la capilla, confuso y avergonzado, pero decidido a probar el fraude por sí mismo. Por largo rato miró con toda su fijeza, murmurando con rabia cada vez que un vehículo pasaba lento entre los dos, y le parecía que su ropa ya chica para su crecimiento, se le achicaba más y más.

Débilmente empezaba ya el chico a pensar que podía haberse equivocado, pero cuando su duda era más fuerte, un reloj dió las seis y la cabeza del hombre giró despacio hacia el despacho de bebidas a una cuadra de distancia, y el muchacho saltó con una nueva seguridad, recordando la rápida ojeada, la expresión alcoholista de sus ojos y la fea boca expectante.

No sería capaz de resistir la atracción del mostrador mucho tiempo, y *menos con tanto dinero* en el bolsillo.

Iracundo imaginó el muchacho que la moneda de dos chelines estaba hundida en el sucio bolsillo, con su poder adquisitivo perdido, y sólo miseria en perspectiva. Recordaba las circunstancias del regalo, cómo había reído él de dicha, cómo la moneda misma parecía brillante y cálida con una vida propia, contenta con la acogida entusiasta de él.

Con orgullo la había llevado durante el día, planeando gastarla alegremente pero con economía, aprovechando el entero valor de cada penique. Su salario no fué nunca mayor de diez chelines por semana, y todo se necesitaba para su juiciosa y paciente madre que le daba alimento y ropa, ahora que ya no tenía padre. A veces podía encontrar ella algún medio chelín extra para él, pero le era imposible gastarlo con alegría, recordando el triste trabajo de ganarlo.

Pero estos últimos chelines habían sido otra cosa, una inesperada maravilla. Ahora, se preguntaba cómo pudo perderlos así, dejándose llevar por una cálida oleada de sangre generosa, que le hizo parecer bello y necesario su gesto caritativo. Gesto ingenuo y lamentable, pues ni siquiera ayudaba a un buen hombre, sino a ese Carlitos Poke, que no era ciego ni necesitado; aunque esto no iba a ser fácil probarlo, por seguro de ello que se sintiera el muchacho. ¿Dónde estaba Dios que permitía esa vil trampa?

Como avergonzado también, el cielo se había oscurecido hasta ser de noche, con manchas y redes de luz; pero se había hecho difícil observar ya, pues los peldaños de la capilla estaban casi en sombra. Sin darse cuenta en apariencia, de luz ni de sombra, Carlitos Poke seguía de pie con aire de mártir, murmurando su cantinela, siempre la misma, que tomaba inflexiones de angustia ansiosa en momentos demasiado oportunos, como cuando pasaba un sacerdote o una dama de porte devoto y obvia riqueza: ..."y Dios vino corriendo a aliviar la ceguera de ellos, pero yo no estaba. Estoy solo en la oscuridad y debo soportar hasta que vuelva. Dios hizo la luz, pero yo no la conozco. Alabado sea el Señor"...

Esta hábil charla hacía dar gracias a Dios por sus dones, a mucha gente que alcanzaba monedas a la palma pronta, sobre todo mujeres y hombres de edad, éstos en menor número. Pero el muchacho no se impresionaba: sabía más que ellos, sabía que las frecuentes miradas hacia el bar no eran accidentales.

Por más de una hora acechó con toda atención, forjando furiosamente toda clase de planes para detener ese juego de una vez. Por ejemplo, reventar cohe-



tes en su cara astuta y roja, o darle un baño repentino, podrían ser la treta que lo irritaran hasta el punto de ponerse en persecución abierta, aunque la posibilidad era quizá remota, y el hecho sería más bien ocasión de captarle más amplia simpatía. El muchacho temblaba por su propia suerte, si su plan abortara, y cavilaba si una tranquila amenaza de descubrirlo lo forzaría a restituir la moneda. Pero recordando la dura y maligna mirada, sabía que blandas palabras serían inútiles. O lo podría sorprender mientras caminaba, quizás. Habría que tener cuidado del grueso bastón, si su mal genio correspondía a su mirada. Pero el hombre era de una pieza y no sería fácil atraparlo.

Cuando al fín inició vacilante su movimiento, el muchacho se entró más en el zaguán y observó temeroso como el hombre, empuñando el bastón con más fuerza, golpeaba su camino con él, cabeza erguida bajo su galerita y ojos vacuos y fijos. En nombre de Dios pidió ayuda para cruzar la calle, e inmediatamente se le abrió una senda, siguiéndole un murmullo de compasión. Una vez que cruzó y en seguridad, pasó al lado del muchacho, cantando en alta voz, arrastrando los pies y tirando golpes a diestra y siniestra con su bastón, para apartar de su camino los chicos, que jugando podían estorbarle. El muchacho lo seguía de cerca, bien atento, parándose con el impostor en las esquinas, divirtiéndose en ver cómo la gente saltaba a prudente distancia del pesado bastón, que no cesaba en su balanceo amenazador.

Por todas partes lo recibía acompañaba la simpatía y premura de todos, y hasta los pilletes lo observaban con silencio intrigado y respetuoso, y uno de ellos que intentó gritarle algo a su espalda, fué impedido con energía.

Así fueron, casi juntos los dos *hasta doblar por* una calle estrecha y mal oliente, con carros de vendedores ambulantes a los lados, de sendas luces de acetileno y kerosene. Algunos vendedores saludaron a Poke en estilo humorístico, y él contestó con inmensa voz, llena de temor de Dios, aceptando un regalo de pescado frito frío de una rubicunda y pintoresca mujer que cuidaba su puesto de ventas como un altar. Pasando por una cervecería husmeó y vaciló, parpadeando un poco, ojos y mente inquietos por el vaho de malta, y luego tropezó con prudencia entrando en una quieta callejuela de sucios depósitos, golpeando y contando mecánicamente, y dobló de repente a un patio de caballeriza, sin portón y oscuro, empujando su camino entre pilas de cajones hasta una escalera de mano que llegaba a un altillo. Por ahí trepó gruñendo, dete*niéndose en la cima un instante* para escuchar y mirar en la oscuridad abajo, antes de empujar la puerta. Con calma entró al altillo, cerrando la puerta de un golpe tras él.

Desconcertado el muchacho se ocultó tras las pilas de cajones en el patio, imaginando una cueva de ladrones con Carlitos Poke como jefe. Nada se podía hacer. Todo era tan explicable naturalmente, pero él sabía que el hombre era un impostor. Acechaba al altillo para ver alguna luz, pero no aparecía. Un ciego no necesita luz. Si estaba allá en su cuarto sin una luz, es que era ciego. Era fácil convencerse. Con el mayor cuidado se puso a trepar por la escalera, temiendo que el hombre saliera de repente y lo echase abajo. Pero alcanzó la cima al fín, y se puso a escuchar en la puerta, sin oír al principio más que los latidos en su pecho. Luego, como música que empieza, oyó el sonido de monedas y un murmullo grave. ¡Luz!... Tenía que haber luz! Febrilmente buscó una grieta en las viejas tablas torcidas y rajadas, hallando pronto el agujero de un nudo en la madera, a la altura del pecho. Pero parecía solo haber noche dentro.

Sospechando aún hurgó con un lápiz hasta que milagrosamente se vislumbró una claridad mínima, pues el lápiz había levantado algo la vieja lona tendida alrededor del altillo. Torpemente, porque eran tan chico el agujero y el piso de que disponía tan estrecho, el muchacho tentó y espió sin poder ver nada. Sin embargo, con más sondeos y un cambio de ángulo, se mostró una vela puesta en un balde dado vuelta, y algunos rasgos de la pesada cabeza de Poke, siempre con su galerita. El muchacho engullía con su mirada incompleta los ojos del zorro, no ya fijos, sino apreciando unas monedas desparramadas sobre un cajón, especialmente la moneda de dos chelines: ¡Ahora no había engaño! ¡Cómo salaba el pescado frito y lo chupaba! ¡Cómo agotaba whisky de una botellita! Luego de lamerse los labios con calma, tomó la moneda del muchacho, se envolvió la bufanda en su gordo cuello, y se dió vuelta, levantándose seguro sería para empuñar de nuevo el grueso bastón.

Lleno de pánico el muchacho se zambulló en la escalera, pataleando en los escalones con toda la prudencia que le podía quedar, temblando de miedo y de furor, no pensando más que en esconderse, mientras la escalera se sacudía bajo su peso. Al fin seguro en el suelo, se le ocurrió una brillante idea. Apuradamen*te se metió a lidiar con la escalera*, y consiguió deslizarla a un metro de su primera posición.

Casi en seguida la puerta del altillo se abrió chirriando y Carlitos Poke emergió, golpeando la puerta tras él, volviéndose confiadamente para bajar, pues conocería de memoria cada travesaño, y ansioso por irse a otros asuntos. Un gran estertor asombrado, y cayó como un murciélago herido.

El muchacho esperó escondido, pero no oyó nada. Ya alarmado, aunque con cierta alegría por su triunfo, se arrastró hasta el montón confuso, tanteó hasta encontrar su moneda de dos chelines y se la echó al bolsillo con pleno júbilio. Con la posesión de la moneda mágica le volvió la confianza y, rápidamente puso en posición la escalera, serpeó fuera del patio, canturreando para sí: "¡Dios vino corriendo! ¡Dios vino corriendo!" Y echando a correr él mismo en cuanto tomó otra calle, deteniéndose solo para lustrar su moneda, para que gustara más a la que lo esperaba con paciencia: su madre.

por
H. A. Manhood
Ilustración de Parpagnoli

Peloponeso y Jazmín  por Hamlim





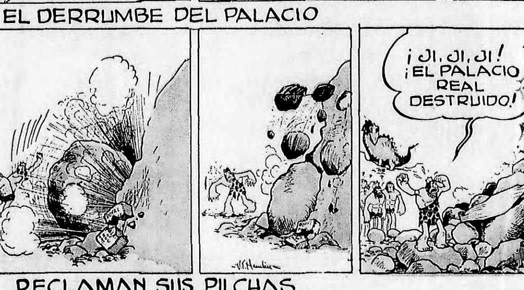
ATADO Y DESOLADO





EL DERRUMBE DEL PALACIO





RECLAMAN SUS PILCHAS







CASCADA EN PUERTA

NO TE PONGAS ASÍ, QUINCUGESI MA ESPOSA





GUISOTE CRIOLLO



